

SPANISH INFORMATION BUREAU

JESÚS HERNÁNDEZ

MIEMBRO DEL BURÓ POLITICO DEL C. C. DEL P. C.
MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PUBLICA Y SANIDAD

EL PARTIDO COMUNISTA ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DE LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO



TEXTO ÍNTEGRO DEL DISCURSO PRONUNCIADO
EN EL CINE OLYMPIA DE VALENCIA
EL 28 DE MAYO DE 1937

PRECIO 30 CTMS.

EDICIONES DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

La posición del Partido Comunista ante los problemas fundamentales de la guerra y la revolución en España

Dolores Ibarruri

UN PLENO HISTÓRICO

Precio: 25 cénts.

Vicente Uribe

NUESTRA LABOR EN EL CAMPO

Precio: 35 cénts.

Santiago Carrillo

LA JUVENTUD, FACTOR DE LA VICTORIA

Precio: 25 cénts.

Francisco Antón

MADRID, ORGULLO DE LA ESPAÑA ANTIFASCISTA

Precio: 30 cénts.

Juan Comorera

CATALUÑA EN PIE DE GUERRA

Precio: 35 cénts.

Antonio Mije

POR UNA POTENTE INDUSTRIA DE GUERRA

Precio: 25 cénts.

Enrique Castro

BALANCE Y PERSPECTIVAS DE NUESTRA GUERRA

Precio: 25 cénts.

Carlos J. Contreras

NUESTRO GRAN EJÉRCITO POPULAR

Precio: 25 cénts.

J. Lluellos, Harry Pollit y otros

LOS TRABAJADORES DEL MUNDO JUNTO AL PUEBLO ESPAÑOL

Precio: 35 cénts.

Jesús Hernández

TODO DENTRO DEL FRENTE POPULAR

Precio: 25 cénts.

PRÓLOGO

POR

DOLORES IBARRURI «PASIONARIA»

(PALABRAS DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADAS POR «PASIONARIA»,
EN LA PRESIDENCIA DEL MITIN DEL OLIMPIA)

Trabajadores, compañeros, camaradas todos:

Viene hoy nuestro Partido, siguiendo normas en él viejas, normas cuya justeza ha sido comprobada a través de los hechos vivos, muy especialmente durante estos largos meses de guerra, a plantear ante vosotros, pueblo de Valencia, y ante las masas populares de España, cuál ha sido la actitud del Partido Comunista en la tramitación y resolución de la crisis que durante algunos días ha mantenido tensa y vibrante, por las circunstancias en que se produjo, la atención de las masas antifascistas del país.

NUESTRA CONDUCTA ES CLARA Y DIAFANA

Vive aún en la memoria de todos el recuerdo del acto magnífico celebrado el 9 de mayo, en el cual nuestro camarada José Díaz, el Secretario de nuestro Partido, sacó a la luz pública, planteó ante los trabajadores los problemas políticos que hasta entonces se habían ido sustrayendo de una u otra manera al conocimiento del pueblo. Los que tenían interés en que las aguas de la política española marchasen por cauces que convenían a determinados intereses, pusieron ante estos hechos el grito en el cielo, acusándonos de planes maquiavélicos, de propósitos que solamente se conciben en sus propias imaginaciones, y, sin embargo, nuestra conducta era clara y transparente. Cuando se solicitó, cuando se impuso,

mejor dicho, al Partido Comunista su colaboración en el primer Gobierno de tipo de Frente Popular, nuestro Partido no hipotecó en ningún modo su libertad de crítica, ni tampoco el derecho a exponer en el momento determinado ante los trabajadores, cuál era su concepción ante los diversos problemas que la guerra y la revolución plantea ante los trabajadores de España. Al parecer, no lo entendía así quien estaba encargado de formar aquel Gobierno.

NUESTRO PARTIDO QUERÍA UNA POLÍTICA DE GUERRA

Creo que los hechos han demostrado que éste entendió que podía gobernar al país aplicando los mismos métodos que empleaba para dirigir una Secretaría sindical. Y siguiendo este criterio, quería someter a los ministros a una especie de dictadura de tipo personal en la cual, cada uno de los ministros, tendría que resolver simplemente los asuntos de su departamento, sin preocuparse en absoluto de los problemas de los que, al parecer, alguien tenía el monopolio.

Es natural que nuestro Partido, al aceptar las responsabilidades de Gobierno, las aceptaba plenamente con el propósito determinado de imponer, si era necesario, una verdadera política de guerra que sirviese para acelerar el desarrollo de la guerra, para acelerar la consecución de la victoria. Diez meses de guerra y ocho meses de Gobierno de Frente Popular, presidido por Largo Caballero, han hecho que nuestro Partido fuese día por día convenciéndose de la imposibilidad de colaborar con un hombre que en todos los momentos pretendía imponer su política personal. Llegó un momento en que nuestro Partido planteó con energía, a pesar de que en distintas ocasiones lo había planteado ya en el Gobierno, la necesidad de que se discutiesen todos los problemas que afectaban a la guerra, porque nuestro Partido sostenía la teoría —teoría muy justa— de que si éramos derrotados, las responsabilidades afectarían por igual a todos, hubiesen intervenido o no en la confección de los planes de guerra; de que serían por igual para el ministro de la Guerra, para el de Instrucción pública, para el de Agricultura, para el de Estado, para todos. Pero, a pesar de ser tan claros, no se entendía así. Se sustrafía al conocimiento de los ministros todo lo que se organizaba y todo lo que se pensaba. Y, sin embargo, lo que se sustrafía a los ministros no se sustrafía a los elementos de provocación y de espionaje que estaban emboscados en el mismo Ministerio de la Guerra. (Aplausos.)

CONTRA LA POLITICA PERSONALISTA

Jamás —aunque esto parezca extraño— se discutieron en los Consejos de ministros los problemas de guerra, y cuando la pérdida de Málaga, cuando nuestro Partido estaba dispuesto a plantear el problema político, porque no estábamos dispuestos a ser envueltos en la infamia de haber dejado perder Málaga pudiendo salvarla, entonces fué cuando se consintió que se discutiesen, porque veían que el Partido estaba decidido a plantear ante las masas trabajadoras quién era el culpable de la caída de Málaga. Y cuando se pasó la efervescencia de aquel momento dramático, se volvió a continuar con los mismos métodos personalistas que dirigían la política del Gobierno.

Pero en estos momentos, en que la situación de Euzkadi es gravísima, nuestro Partido no podía continuar colaborando ni seguir con esta política, porque se daba el caso vergonzoso de que cuando algún ministro planteaba al Presidente: "¿Qué hay de la guerra?", se le contestaba con un desprecio formidable: "Lean ustedes los partes en los periódicos y se enterarán de lo que pasa en los frentes." No, no era posible continuar así. Los hombres que colaboraban en el Gobierno estaban allí para realizar una política de Frente Popular, pero no una política de carácter personal. Y es natural que cuando se tiene el concepto de la gobernación del país enfocándola con el mismo punto de vista estrecho con que algunos enfocan la administración de una Secretaría sindical, no se pueden cosechar más que desaciertos, derrotas y fracasos. De nada sirve que hoy los "botafumeiros" lancen el humo de sus incensarios hacia una figura, que será todo lo respetable que se quiera, pero que ha fracasado con su política. (Aplausos.)

Nuestro camarada Hernández va a plantear ante vosotros, porque ha sido uno de los actores más destacados de aquellos momentos, qué es lo que pasaba en el seno del Gobierno, cuáles eran las cuestiones que se planteaban por el Partido y qué es lo que se contestaba cuando nuestro Partido planteaba problemas concretos y apuntaba soluciones que hubieran hecho posible el desarrollo rápido y victorioso de la guerra, evitándose la pérdida de innumerables vidas. Nuestro compañero Jesús Hernández ha sido uno de los blancos más destacados en el odio del hombre que dirigía los destinos de España, porque nuestro camarada Hernández, que, conjuntamente con el camarada Uribe, representaba la política de nuestro Partido, era la víctima propiciatoria de este hombre. Él va a plantear ante vosotros cuál era la actitud de nuestro Partido en cada momento determinado. Y en estos momen-

tos, en que para justificar posiciones se sacan a relucir viejos años de lucha, nosotros tenemos que afirmar aquí que no tenemos la culpa de que otros hayan nacido antes que nosotros. (**Grandes aplausos.**) Pero, si en proporción a la edad de cada dirigente de partido se examinan los años de lucha y de persecuciones, nosotros podemos presentarles un balance que supera al de todos los viejos que intentan... (**Gran ovación, que corta el párrafo.**)

¿QUIÉN ES JESÚS HERNÁNDEZ?

¿Quién es Jesús Hernández? Vosotros le habéis conocido como ministro de Instrucción pública, como el único ministro de Instrucción pública que ha habido en España, que ha sentido los anhelos de las masas que querían instrucción, que querían adquirir una cultura. Y respondiendo, naturalmente, a la política de nuestro Partido, Jesús Hernández ha sabido ser ministro de Instrucción. Pero, para nosotros, comunistas, no es lo más interesante los cargos que en un momento determinado puedan ocupar nuestros compañeros. Para nosotros, lo interesante es saber cómo actúan, cómo trabajan y quiénes son los compañeros que con nosotros comparten las responsabilidades de la dirección de un partido proletario. Jesús Hernández es el ministro más joven del Gobierno, y sin embargo, es un veterano en la lucha heroica en Vizcaya, donde comenzó su vida de luchador en el socialismo. Luego, pasó a las Juventudes Comunistas y, durante los años de la Dictadura, a pesar de ser verdaderamente un chiquillo, era un hombre por su capacidad revolucionaria, mientras había quienes arriaban las banderas de las organizaciones... (**Enorme ovación.**)

Los hombres que se llaman monopolizadores del marxismo, aunque de marxismo no conozcan una palabra, con pretensiones democráticas, colaboraron con la dictadura de Primo de Rivera... (**Ovación.**) No han sido semanas, ni meses, han sido años los que Jesús Hernández ha estado en la cárcel. Y fué en esta escuela de persecuciones, en esta lucha, en esta escuela formidable que son los pueblos mineros y metalúrgicos de Vizcaya, donde Jesús Hernández forjó su espíritu que, por haber sido educado en la escuela del marxismo-leninismo, le permite plantear los problemas de la revolución con un criterio justo. Y por eso, nosotros, con esa práctica de lucha, pertrechados con la teoría certera de Marx, Engels, Lenin y Stalin, podemos enfocar con más justeza que nadie todos los acontecimientos que se presentan.

Éste es el compañero que os va a dirigir la palabra. Escuchadle y comparad la conducta de unos y de otros. (**Aplausos.**)

DISCURSO DE JESÚS HERNÁNDEZ

Camaradas:

Si hemos preferido dar a este acto el carácter de conferencia y no el de mítin, ha sido justamente porque, por la responsabilidad de los momentos por que hemos atravesado, momentos que todavía hoy vivimos y vamos a vivir, queríamos que no fuese el fuego o la vehemencia de la oratoria propia de los mítines la que pudiera obscurecer el pensamiento y los conceptos que queremos hacer llegar a vosotros y a todos los trabajadores antifascistas que nos escuchan a través de la radio.

VENIMOS ANTE LAS MASAS

Queremos hacer una exposición serena, para que nadie tenga motivo de pensar que en nuestro Partido Comunista procedemos por impulsos sentimentales o por reacciones de momento, para que todos se percaten de que, con la misma serenidad y responsabilidad que el día 9 de este mismo mes, desde un teatro de Valencia, nuestro querido Secretario general, José Díaz, exponía ante todos los trabajadores cuál era la razón y motivo que a los comunistas impulsaban a llevar a la tribuna nuestra disconformidad con los métodos y procedimientos de la política que se llevaba dentro del Gobierno, exactamente lo mismo queremos hoy venir a exponer, con la misma serenidad y tranquilidad con que lo hizo nuestro Secretario general, cuál ha sido la política equivocada que ha desembocado en la crisis.

El camarada Díaz explicó en aquel mitin nuestra ejecutoria revolucionaria, para demostrar el carácter inseparable de la guerra y la revolución popular, para explicar cuáles son las condiciones que han de cumplirse si se quiere ganar la guerra, y al mismo tiempo, señalar ante el pueblo que el Gobierno Largo Caballero no las cumpliría, a pesar de la insis-

tencia tenaz de nuestro Partido. Decía nuestro camarada Díaz que nuestro Partido se dirigía una vez más al pueblo para que él juzgase, para que fallase sobre la justeza de la línea política, de la táctica y de la actividad de nuestro Partido.

La contestación del pueblo, no sólo el de Valencia, sino el de todos los sitios del país donde fué posible consultarlo, fué de estímulo y de aliento para la realización de la política de nuestro Partido. Armados con vuestro apoyo, seguros de interpretar a la inmensa mayoría de los españoles, exigimos que las reivindicaciones planteadas reiteradamente se cumpliesen, y como el Gobierno Largo Caballero no se disponía a cumplirlas, le dijimos claramente que no podía seguir gobernando, porque no representaba la voluntad del pueblo. En uno de los instantes en que, en nombre de mi Partido, al hacer la exposición de nuestra disconformidad, declaraba que por nosotros hablaba la voz de nuestros combatientes, la voz de los mineros, de los metalúrgicos, de todos los trabajadores, de todas las masas antifascistas, cuando afirmábamos que aquella voz era la voz del pueblo, se nos invitó a que tomásemos la puerta para irnos. Se nos dijo que, si no estábamos conformes con aquella política, que nos fuésemos... Nuestra contestación fué rotunda y clara: "Quien tiene que irse es quien no representa la voluntad del pueblo, quien no tiene apoyo ni en los frentes ni en la retaguardia". (Gran ovación.)

ESTAMOS HARTOS DE "CHANTAJES POLITICOS"

Estábamos hartos de "chantajes" políticos. Porque esto, "chantajes", era lo que se estaba haciendo en aquel Gobierno, y se hacía en dos sentidos (y así lo declaramos en el seno del propio Gobierno, y lo hemos hecho comprender también a las masas, porque los comunistas, cuando no podemos hablar alto, sabemos decir las cosas entre dientes).

Se hacían, como dije, "chantajes" en dos sentidos: tratando de utilizar a las dos organizaciones sindicales U. G. T. y C. N. T., para imponernos una política de tipo personalista. Para ésta, se agitaban ante nuestros ojos dos fantasmones, amenazándonos continuamente con ellos. El primero, era: ¡Ojo con la C. N. T.! Les contestamos que nosotros sentíamos todos los respetos por la organización sindical de la C. N. T. y que sabíamos apreciar en lo que valía su aportación a la lucha contra el fascismo, pero que exigíamos de sus ministros y de sus dirigentes responsables que se acabase con ciertos incontrolables que se decían de la F. A. I. (que es un partido político, aunque ellos digan lo contrario), que con su conducta manchaban la actitud de sus camaradas que combatían

en el Centro y Aragón, y que estábamos seguros de que en modo alguno estarían conformes con el proceder de estos grupos de incontrolables. El segundo fantasmón era el de querer utilizar a la U. G. T., esa fuerza sindical en la que están socialistas, comunistas, republicanos y sin partido, en contra de la política de nuestro Partido, que cuenta con el apoyo de todas las masas populares. Dijimos que esa fuerza sindical estaba disconforme con la política realizada por Largo Caballero, y que era inadmisibile que la Ejecutiva de la U. G. T. se hiciese responsable de una política con la que ningún obrero ni nadie que quiera ganar la guerra podía coincidir. Los hechos han venido a darnos la razón.

Todos sabéis cómo se tramitó la última crisis; las amenazas, las coacciones de los que no sabemos por qué se creían que eran los únicos con derecho a decidir la suerte del país. Y todos habréis visto también la actitud firme, decidida de nuestro Partido, mantenida porque sabía que estaba cargado de razón, y apoyado por el Partido Socialista y los Partidos Republicanos; actitud consecuente que dió como resultado la caída del anterior Gobierno y la formación del Gobierno actual.

Y como los que han querido imponerse, y por no haberse aceptado sus imposiciones no forman parte del Gobierno actual, quieren hacer creer ahora que han sido víctimas de no sé qué maniobras, nuestro Partido se ve en la necesidad de subir de nuevo a la tribuna para decir claramente al pueblo cuál es la política que combatíamos, al luchar contra el Gobierno Largo Caballero, y cuál es la que debe seguir y seguirá, indiscutiblemente, el actual Gobierno para poder ganar la guerra y consolidar las conquistas de la revolución popular.

NUESTRA CONCEPCIÓN DE DIRECCIÓN COLECTIVA DE LA POLÍTICA DE UN GOBIERNO DE FRENTE POPULAR, CHOCABA CON LA CONCEPCIÓN PERSONALISTA DE LARGO CABA- LLERO

Nuestra lucha contra la política realizada por Largo Caballero en el Gobierno no ha sido, como se pretende hacer creer, una lucha personal, sino una lucha por la aplicación de una línea política justa contra una política nefasta, personalista, incapaz de llevarnos a la victoria sobre el enemigo, y, por consiguiente, nociva a los intereses de la causa del pueblo.

Al entrar a formar Gobierno, nuestro Partido fué con toda

la ingenuidad que se quiera, pero con la creencia de que en un Consejo de ministros se reunían un puñado de hombres que, representando diversas organizaciones, diversas tendencias políticas, están unidos en una sola voluntad, hermanados en el afán de lograr un objetivo, que es el objetivo de todo el pueblo: ganar la guerra. Dejábamos a un lado todos los motivos que pudieran dar origen a discordias o disgustos dentro del Gobierno y queríamos marchar todos dentro de un programa que era la aspiración de nuestro pueblo: aplastar al fascismo y conquistar la libertad para todos los españoles.

Pues bien, nos equivocamos, y desde el primer Consejo de ministros comenzaron las querellas, porque al ver que en nuestro país se estaba viviendo la guerra, que desde el más alto al más bajo de los ciudadanos, desde el más impulsivo al más sereno, todos vivían la guerra, vibraban al unísono de la guerra, entregaban y daban cuanto eran para el logro de la victoria, y en el Consejo de ministros nos reuníamos dieciocho ciudadanos representantes de Partidos políticos y organizaciones sindicales a quienes no se permitía ni hablar ni opinar sobre la guerra; porque cuando, por muy tímidamente que fuese, tratábamos de plantear los problemas de la guerra, se nos decía que eran asuntos privativos del Presidente, y si algún ministro insistía en enterarse de la marcha de la guerra, el Presidente le contestaba que leyese los periódicos, yo, lo mismo que el camarada Uribe, y me figura que lo mismo todos los ministros que tenían un concepto de la dignidad, salíamos indignados de aquellos Consejos de ministros. A mí me llenaba de rabia y de vergüenza encontrarme, a veces, en la calle, a camaradas que me hablaban de acontecimientos y venían a mí a ver si yo podía darles alguna luz o alguna perspectiva. Y si aquellas noticias no me cogían desprevenido, no era gracias a mi condición de ministro, sino porque mi Partido, bien informado de la situación, me ponía en antecedentes. Pero los ministros, como tales ministros, no tenían derecho a conocer lo que conocían hasta los más sencillos ciudadanos de España. No, esto no era tolerable. **(Movimiento de indignación en la sala.)**

Caballero tenía de la política un concepto personalista, un concepto caciquil (ésta es la palabra, sin molestia para su persona), acerca del modo de dirigir la política del Gobierno. Y como que algo ha cambiado en España —caciques quedan pocos— **(risas)**, había que terminar, naturalmente, con aquel modo de dirigir la política.

En vez de ver en el Gobierno del Frente Popular la expresión de la voluntad colectiva de los partidos y organizaciones que lo integraban, y aunar las coincidencias para acelerar el proceso de ganar la guerra; en vez de tener en cuenta la experiencia, la aportación de cada ministro para

resolver los diversos problemas; en vez de recoger y estimular las iniciativas de los ministros, Caballero se erigía, por sí y ante sí, en único responsable de toda la política gubernamental y la de aquel ministro que exigiese la discusión de los problemas de guerra o se ocupase en problemas que no fuesen los específicos de su Departamento.

Claro es que no voy a daros todos los datos, que ya la historia se encargará de recoger para el porvenir, pero no creo que sea muy interesante el que, en los momentos actuales, un ministro, aunque sea de Instrucción pública como yo, vaya a los Consejos de ministros a dar cuenta de que ha trasladado a tres maestros de Cuenca a Tarancón (risas), dejando a un lado el problema fundamental, que a todos nos debe interesar más que nada: la guerra.

Si la discusión de estos problemas fundamentales no se conseguía en el Consejo de ministros y se planteaba, prudentemente, en la prensa o en el mitin, con el propósito de hacer participar a las masas populares en su solución, esta actitud justa y democrática era considerada por Caballero como un ataque a su política, como una falta de "lealtad", como un propósito de desbordarle. Claro está que nuestro Partido no podía dejarse amedrentar por estos métodos de terror político. Y como planteaba estos problemas públicamente, como plasmaba en documentos públicos las condiciones que era necesario cumplir para poder movilizar todos los recursos de hombres y de medios para acelerar más el proceso victorioso de la guerra, el odio de Caballero contra nuestro Partido fué creciendo continuamente, hasta estallar en aquella forma, burda y mezquina, del célebre documento que se conoce con el nombre del manifiesto de "los sapos y las culebras". Este manifiesto fué la base inicial para desencadenar luego, por diversos medios, una ofensiva feroz contra los comunistas, con el fin de desalojarlos de los puestos de dirección en el Ejército, en el Comisariado, en la producción, en la dirección de la vida pública, etc.; para desarticular al Partido Comunista, forjador del Frente Popular y garantía esencial para ganar la guerra y asegurar las conquistas de la revolución popular.

¿QUE POLITICA ERA JUSTA: LA DEL PARTIDO COMUNISTA O LA QUE QUERIA IMPONER LARGO CABALLERO?

Los hechos han venido a demostrar que quien tenía razón era nuestro Partido, que la única política justa era la preconizada por nuestro Partido, y no la política personalista y caciquil que quería imponer Largo Caballero.

Desde el primer momento, nuestro Partido señaló el hecho de que, en la situación de España, con una guerra civil como la nuestra, desencadenada por traidores a la patria, apoyados en fuerzas armadas de invasión, el eje de la política tenía que ser la política de guerra. De aquí la consigna central de nuestro Partido: **¡Todo y todos para ganar la guerra!** Consigna que los comunistas traducimos en una política consecuente de realizaciones prácticas para hacerla efectiva.

Cuando se tiene una política de guerra certera, todos los problemas de carácter social pueden ser resueltos en el transcurso de la misma; pero si no se tiene una política de guerra, o se lleva una política de guerra falsa, entonces todos los planes de la sociedad futura, por hermosos que sean, están contruídos sobre arena. Por eso, nosotros, insistíamos tanto en la necesidad de tener una justa política de guerra, de saber hacer la guerra y de supeditar todo a las necesidades de la guerra.

Pero Caballero no sólo no tenía una justa política de guerra sino que carecía de toda línea política; y como no la tenía, quería suplirla imponiendo su voluntad personal; por eso le irritaba hasta el paroxismo que se planteasen los problemas de la guerra en el seno del Gobierno o ante las masas.

El Gobierno Largo Caballero, por la actitud personalista de su presidente, no pudo hacer una política consecuente de guerra, ni dirigió consecuentemente la guerra. No tenía una perspectiva clara de la solución de los problemas de la guerra y marchaba a bandazos, bajo los apremios de la situación, pero sin una visión clara de los problemas de conjunto planteados por la guerra y sin la noción exacta de los esfuerzos que había que realizar para alcanzar la victoria.

¿Que se conseguía una victoria parcial en un frente? Pues Caballero y sus acólitos echaban a vuelo las campanas del triunfo. ¿Que sobrevenia una derrota parcial? En seguida se formaba un concepto pesimista de la guerra, ya no veían salida a la situación, hablaban de que hundirían el país y con él al mundo entero. En vez de tener una perspectiva clara de cómo ganar la guerra, de los esfuerzos que hay que realizar para conseguir este objetivo, de la amplitud y dureza de la guerra, sacando de las derrotas o de los triunfos las experiencias necesarias para corregir los defectos y preparar las condiciones para la victoria, Caballero enfocaba los problemas de una forma empírica, al día, sin una perspectiva clara del porvenir, para poder, sobre la base de esta perspectiva, movilizar todos los recursos humanos y materiales capaces de hacer frente a las fuerzas enemigas y aniquilarlas. No, en aquellas mentes no existía un plan claro y preconcebido, porque cuando existe este plan y la fe en los hombres que han de realizarlo, aunque se pierdan o se ganen batallas

parciales, lo importante es saber que se ganará la última.
(Aplausos.)

LA DIRECCIÓN UNIPERSONAL DE LA POLÍTICA LLEVA A LA CATASTROFE

El hombre más capaz y más omnisciente del mundo no puede ver por sí solo todos los problemas y valorar todos los aspectos de una situación. Siempre los verá de un modo uniforme y unilateral. Por eso nuestro Partido tiene como método el trabajo y la dirección colectivos, porque este método es el único que permite suplir los defectos y las incomprendiciones de tipo personal. De aquí que nuestros ministros chocaran con los métodos personalistas de Caballero, que además tenía un concepto muy estrecho, muy mezquino, de todos los problemas.

La característica saliente de un dirigente político es la de saber escoger a sus colaboradores, eligiéndolos entre los más capaces y más abnegados a la causa que quiere defender. Pero, para hacer esto, es necesario tener un concepto amplio de la dirección colectiva, considerar a los colaboradores como iguales y no como servidores sumisos a la voluntad del que ocupa el puesto de mando. Por este último camino se va siempre al fracaso. Y eso es lo que le ha pasado a Largo Caballero.

Su actuación en el ministerio de la Guerra ha demostrado su imprevisión y su incompreensión de los problemas más elementales de la táctica y la estrategia militar y política. Mal aconsejado por sus colaboradores, no supo comprender nunca los cambios de situación producidos en los frentes o en la retaguardia, ni supo, por consiguiente, adaptar los medios de lucha a las nuevas necesidades de la guerra. Y, cuando nuestro Partido planteaba estos problemas, Caballero se irritaba, protestaba, no los resolvía, y, lo que es más grave, dando muestras de una soberbia criminal, trataba de engañar a los demás, engañándose a sí mismo, diciendo que él tenía previstos y resueltos los problemas que se planteaban. Y sucedió lo inevitable.

A través de las grandes convulsiones en todos los pueblos, la historia nos ha mostrado infinidad de casos en que, por no sé qué complejidad de fenómenos, comienzan a brillar como astros de primera magnitud hombres que, al mirarlos a través de la lupa de la realidad, aparecen tal como son: como simples gusanos de luz. Esto es lo que ha sucedido con el ex presidente del Consejo de ministros.

Todos éramos malos, todos éramos desleales, todos conspirábamos contra él, todos queríamos meternos en lo que no nos importaba, todos queríamos saber más de lo que nos co-

respondía. Él se encerraba en un silencio hermético y altivo. Y resultaba lo que os decía "Pasionaria": que mientras los ministros ignoraban lo que sucedía, el enemigo se enteraba perfectamente de todo a través de colaboradores que Caballero creía fieles.

No acusamos personalmente a Francisco Largo Caballero. Hacemos responsable, en él, una trayectoria equivocada, una concepción política absurda, cuyas consecuencias dolorosas estamos pagando todos. De esto es de lo que acusamos a Largo Caballero.

En el caso del ex presidente del Consejo de ministros se da este fenómeno singular: que se erigió, sin serlo, en gran estratega de la guerra. Seguramente, sintió nacer en él esta vocación en sus visitas a los frentes, antes de posesionarse de la Presidencia. Era por aquellos días en que, vestido de miliciano, subía a la Sierra, erigiéndose en protector de los combatientes, preguntando a los muchachos si habían comido y bebido bien y cómo les iba. Ellos, naturalmente, en momentos como aquéllos de desconcierto, contestaban: "Comemos mal, pasamos mucha sed". "¡Esto es intolerable, con esto hay que terminarl!", contestaba Caballero. Pero, en vez de colaborar estrechamente con el Gobierno, como hacíamos los comunistas, para remediar aquellas deficiencias, bajaba al despacho de Giral, entonces presidente del Consejo, reclamando indignado —¿sabéis qué?— agua mineral para los milicianos. Como si esto salvara la situación. Yo no sé si fueron estas primeras visitas suyas a los frentes de la Sierra y estos primeros contactos con nuestros milicianos los que le hicieron creer que en su persona se encerraba un Napoleón. Digo esto, porque muchos le han oído preguntarse, sorprendido, por qué se le había echado del ministerio de la Guerra, a él, que era el hombre de la situación, el único capaz de asegurar la victoria. Por eso creo necesario demostrar, a través de una serie de hechos fundamentales, cómo este hombre no tenía una política de guerra, a menos que fuese una política encaminada a perder la guerra.

**LA JUSTEZA DE LAS CONSIGNAS DE
NUESTRO PARTIDO HA SIDO PLE-
NAMENTE CONFIRMADA POR LOS
HECHOS, PERO CABALLERO SE
PRONUNCIÓ SIEMPRE CONTRA
ELLAS O LAS APLICÓ TARDIAMENTE**

Creación del Ejército Regular

Al mes de guerra, nuestro Partido, viendo la amplitud que la lucha tomaba, la caracterizó como una guerra de inde-

penaencia nacional, dura y larga, y señaló la necesidad de crear las condiciones para poder ganarla, lanzando la consigna de crear el **Ejército Regular popular por medio del servicio militar obligatorio**. Explicó que, si los primeros grupos de milicianos voluntarios habían hecho milagros de heroísmo para contener los embates del enemigo, y en gran parte lo habían logrado, era evidente que esta situación no podía prolongarse, puesto que los militares traidores disponían de fuerzas militarizadas, preparadas para nuevos ataques, ya que habían preparado cuidadosamente la rebelión militar, no solamente con sus propios medios, sino con la ayuda de los Estados Mayores alemán e italiano. De aquí nuestra consigna de "Ejército regular" y de "servicio militar obligatorio", para poder oponer al Ejército enemigo, otro Ejército regular más fuerte y más disciplinado.

¿Cómo contestaron Caballero y su grupo a estas iniciativas de nuestro Partido? Diciéndonos que lo que nosotros buscábamos era **reconstruir el Ejército anterior, crear un nuevo Ejército mercenario!** ¿Quién no recuerda los artículos de "Claridad", de aquella época, artículos directamente inspirados por Caballero y consagrados a combatir sañudamente las posiciones de nuestro Partido?

"Sin el pueblo armado, primero, y las Milicias Populares después —con la eficaz colaboración, que es obligado reconocer y enaltecer, de las fuerzas que han permanecido leales a la República—, no hay duda de que el fascismo no estaría derrotado o contenido como hoy lo está..."

decía "Claridad", en un editorial del 20 de agosto de 1936. Y añadía:

"Pensar en otra clase de Ejército que sustituya a los actuales combatientes y en cierto modo controle su acción revolucionaria, es pensar contrarrevolucionariamente..."

¿Cuál era la posición justa: la de nuestro Partido o la de Largo Caballero? Los hechos están ahí, a la vista de todos, para demostrar que si se hubiese formado, cuando nosotros lo propusimos, el Ejército regular, y si se hubiesen preparado metódicamente las reservas, el enemigo no hubiese conquistado las posiciones que fué conquistando, y nos hubiésemos ahorrado muchas vidas y mucha sangre.

LA DEFENSA DE MADRID

Cuando los desgraciados reveses de Talavera, el menos enterado en cuestiones militares podía ver que, no teniendo

nosotros un Ejército regular y fuerzas disciplinadas, el enemigo avanzaría en forma arrolladora con el objetivo de tomar Madrid. Ante esta situación, nuestro Partido tocó el clarín de alarma y planteó el problema de construir varias líneas de fortificaciones: primero, para contener los avances del enemigo a muchos kilómetros de Madrid; después, para levantar un cinturón de fortificaciones alrededor de la capital, que, haciendo estrellarse al enemigo contra fortificaciones inexpugnables a 10 ó 15 kilómetros a la redonda, hubiesen impedido, en el peor de los casos, la toma de Madrid, y hubiesen evitado que Madrid estuviese, como está hoy, bajo el fuego de los cañones enemigos, que asesinan diariamente a las mujeres y a los niños y a la población pacífica de nuestra heroica capital.

¿Cómo contestaron Caballero y sus amigos a esta justa actitud de nuestro Partido? Primero, acusándonos de alarmistas; luego, diciéndonos, en forma frívola y criminal a la vez, que "Madrid se defendía en el Tajo". Indudablemente, Madrid se defendía en el Tajo, en Badajoz, en Oviedo, en Aragón y en toda España; pero cuando hay que luchar contra fuerzas poderosas muy superiores, hay que organizar las obras de fortificación necesarias para que contra ellas se estrelle el enemigo. Y nuestra prédica no duró días, sino semanas, sin que nuestras razones fuesen escuchadas por el Gobierno Largo Caballero.

Desde las acciones de Talavera hasta la toma de Toledo, hasta que las fuerzas invasoras llegaron a las puertas de Madrid, pasaron más de dos meses, tiempo más que suficiente para hacer las fortificaciones necesarias para la defensa de la capital. Y, sin embargo, no se hicieron! ¿Por qué? Por el mismo motivo: por incapacidad y falta de visión de los problemas planteados por la guerra.

Y fué, una vez más, nuestro Partido el que, contra viento y marea, contrariando la política de Caballero, se dirigió a las masas para incitarlas a realizar las fortificaciones; fueron los Radios de nuestro Partido los que movilizaron a millares y millares de trabajadores para construir fortificaciones. Pero tuvieron que trabajar sin un plan estratégico de conjunto, porque ni el Estado Mayor ni el ministro de la Guerra quisieron dar ese plan. Más tarde, el Gobierno, presionado por la gravedad de la situación, procedió de un modo empírico, mecánico, a hacer algunas fortificaciones; pero, ¡ya era tardel...

¿Quién no recuerda los apremiantes llamamientos de nuestro Partido al Gobierno y a los Sindicatos, para que los obreros de la construcción dejaran de construir casas y emplearan los materiales para construir fortificaciones, parapetos, nidos de ametralladoras, trampas para los tanques, en fin,

todos los medios defensivos para impedir al enemigo acercarse a la capital? ¿Quién no recuerda cómo, mientras las masas acogían con entusiasmo la voz de nuestro Partido, ésta era desoída por el Gobierno y por los que tenían la responsabilidad de la dirección de la guerra? Sin embargo, los obreros y el pueblo de Madrid querían defender la capital. A los llamamientos de nuestro Partido y del Quinto Regimiento respondieron decenas de millares de hombres; pero el Gobierno Largo Caballero, no solamente no los alentaba, sino que consideraba como facciosos a los que construían fortificaciones por su cuenta, porque eso iba en contra de "los planes del Estado Mayor". Pero el clamor popular llegó a ser tan grande que no podía ser desoído, y fué entonces cuando "Claridad", bajo la inspiración directa de Largo Caballero, hubo de reconocer la necesidad de organizar esta defensa; pero con arreglo a un plan. Decía el 16 de octubre el diario que entonces era portavoz de Largo Caballero:

"Ni es hora tampoco de lanzar consignas genéricas, sino muy concretas. Nadie diga: "Hay que construir trincheras", sin que antes haya un plan de conjunto trazado por técnicos, de acuerdo con los principios de la guerra moderna."

Esto se escribía tres semanas antes de salir el Gobierno de la capital de la República. ¡Qué impresión tan criminal! Cuando el enemigo se acercaba a las puertas de Madrid, se confiesa que no había aún un plan para la defensa.

Fuó entonces cuando se encargó el ministro de Obras públicas de hacer algunas zanjas, porque no otra cosa se pueden llamar las trincheras que hizo cavar éste, y no fué por culpa suya, sino por falta de un plan militar de defensa de la ciudad. Las verdaderas obras de fortificaciones no se hicieron hasta el último momento, cuando ya era visible que sin ellas el enemigo hubiese entrado en Madrid. Y no ciertamente por iniciativa del Gobierno, sino a impulsos del Quinto Regimiento, de nuestro Partido, de las J. S. U. y de toda la población trabajadora de Madrid. Para contener los avances del enemigo y dar tiempo a hacer esas fortificaciones, millares de camaradas nuestros —y digo nuestros, porque fuimos los comunistas los primeros que organizaron los batallones que fueron a morir para contener al enemigo en Carabanchel y en otros puntos— hubieron de dar el pecho a campo descubierto y esto nos costó millares de víctimas que hubieran podido ahorrarse.

MADRID TUVO QUE DEFENDERSE ATROPELLADAMENTE Y EL GOBIERNO HUBO DE SALIR PRECIPITADAMENTE DE LA CAPITAL POR FALTA DE PREVISIÓN

Todo el mundo sabe lo que pasó en los días trágicos del 6, 7 y 8 de noviembre, cuando el Gobierno tuvo que abandonar corriendo la capital por no haber previsto ni organizado suficientemente la defensa de Madrid. Hay muchos que no conocen las incidencias de aquellas horas trágicas, cuando una delegación de los partidos políticos, de las Organizaciones sindicales y de las Juventudes, enterados indirectamente de que el Gobierno se disponía a abandonar la capital, horas antes de la salida del Gobierno, fueron a var a Largo Caballero, diciéndole que el Gobierno no podía marchar así, a escondidas, sino que antes de salir, para tranquilizar a la población, debía lanzar un manifiesto explicando las causas por las que abandonaba Madrid —que no podían ser otras que las de trasladarse a una capital de Levante para organizar los recursos humanos y materiales necesarios para la defensa de Madrid —y nombrar oficialmente una Junta Delegada del Gobierno con poderes otorgados por éste.

¿Sabéis cómo fué recibida esta delegación? De mala manera, ocultándole la marcha del Gobierno, que salió de la capital a la chitacallando, sin comunicar nada a nadie, delegando los poderes en el general Miaja y sin esperanzas de que Madrid resistiera a los ataques del enemigo. Dejó el Poder allí encerrado en una carta, para que después el glorioso general Miaja pudiese... (Ovación y vivas al general Miaja.) Y Miaja, militar cien por cien, hombre de escaso relieve político (lo cual no quiere decir de escasas dotes políticas), comprendió cuál era su misión, y, reuniendo inmediatamente a los representantes de todos los sectores políticos y sindicales de Madrid, constituyó, sin pérdida de tiempo, la Junta, que tan heroico papel había de jugar y que debió dejar constituida antes de su marcha el Gobierno Largo Caballero. (Ovación.)

¡Qué derroche de heroísmo el que se hizo en aquellos días! ¡Qué voluntad férrea demostraron los milicianos y los madrileños de defender la capital! Pero, ¡cuánta confusión produjo en las masas aquella salida del Gobierno a hurtadillas, sin una explicación! ¿Fué justa la salida del Gobierno de Madrid? Aquí queremos hacer un paréntesis para decir que sí; rotundamente, que sí. Es indudable que el Gobierno no podía dirigir la política del país desde dentro de una ciu-

dad sitiada; pero el Gobierno, al salir de Madrid, tenía el deber de haber explicado a las masas la gravedad de la situación, dándoles las palabras de aliento necesarias para continuar la lucha. Lo que no hizo el Gobierno, tuvo que hacerlo nuestro Partido. (Aplausos.)

¿Cómo explicar esta actitud de Largo Caballero en aquellas horas trágicas? Era, en el fondo, el desprecio hacia aquellos valientes milicianos del Centro que constituyen hoy el orgullo, no solamente de España, sino del mundo entero. Era el concepto que al presidente del Consejo de ministros le merecían aquellos soldados nuestros, aquellos milicianos nuestros que venían retrocediendo desde Talavera hasta Madrid. Porque según él —y no se ha recatado en decirlo, y, según nos informan, lo ha repetido todavía en una reciente reunión de la U. G. T.—, las Milicias constituían para muchísima gente la forma de solucionar el paro, con las diez pesetas de paga; y por eso, según él, no luchaban y combatían con el arrojo necesario. Pero, aunque esto lo haya dicho Largo Caballero, yo declaro con toda lealtad que me consta que él no es el autor del concepto. Era el general de las derrotas, Asensio. (Gritos de indignación.) Era con estos procedimientos como los colaboradores de Caballero trataban de justificar la desorganización, el caos, el barullo, la falta de fe y de entusiasmo de los mandos para la lucha. Largo Caballero se hacía eco de estos conceptos. ¿Cómo es posible que un ministro de la Guerra, en un Gobierno de Frente Popular, un hombre del pueblo, pueda expresar tales conceptos sobre las capas más sinceras, más humildes, pero más honradas y generosas del pueblo, pueda tener ese concepto que a nosotros, cada vez que le oíamos, nos resbalaba por todo el cuerpo con indignación?

Los comunistas hemos tenido bastante paciencia al sopor-tar durante diez meses tales cosas.

LARGO CABALLERO NO SACÓ LAS ENSEÑANZAS DE LA LECCIÓN DE MADRID, Y CONTINUÓ SU POLI- TICA CATASTRÓFICA DE GUERRA

El Gobierno Caballero, en vez de sacar las enseñanzas de esta justa política de nuestro Partido, en vez de estimular a los defensores de Madrid, en vez de dar autoridad a la Junta de Defensa creada por el heroico general Miaja, se entretuvo en papeleos y epístolas zahirientes para los jefes del Ejército del Centro, en persecución contra la Junta de Defensa y contra los militares y comisarios comunistas. ¿Por qué ha-

¿Era eso? Para justificar lo injustificable: su Incomprensión o su incapacidad de organizar la defensa de Madrid. Los hechos lo han demostrado claramente. ¿Quién tenía razón en el planteamiento de los problemas que había que resolver para la defensa de Madrid: Caballero o nuestro Partido? Evidentemente, nuestro Partido.

CABALLERO SE RESISTE A DERURAR LOS MANDOS DEL EJÉRCITO DE TRAIDORES Y EMBOSCADOS, Y ESTOS ORGANIZAN DERROTAS

Pero, además de los hechos señalados, si el enemigo pudo acercarse a las puertas de Madrid y ganar posiciones en el resto del país, fué debido especialmente a la obstinación de Largo Caballero en no depurar los mandos y en no crear un Estado Mayor dirigido por hombres fieles a la causa del pueblo y de la República.

Stalin, el jefe genial del proletariado mundial (**Grandes aplausos y vivas a Stalin y a la U. R. S. S.**), el gran amigo de España, en su reciente discurso sobre la obra nefasta de los traidores y de los saboteadores trotskistas, describe en forma lapidaria las consecuencias trágicas de la falta de vigilancia frente al enemigo.

"...Para vencer en una batalla, serían necesarios, quizá, varios cuerpos del Ejército Rojo; pero para comprometer su victoria bastaría con que hubiese en el Cuartel General o simplemente en el Estado Mayor de una División, unos cuantos espías dispuestos a sustraer el plan de operaciones y hacerlo llegar a manos del enemigo. Y así, podríamos poner docenas de ejemplos..."

Con palabras no tan justas y tan precisas como las del camarada Stalin sobre la necesidad de depurar los mandos, nosotros hemos hablado en todos los tonos de esta misma necesidad al ministro de la Guerra.

¿Es ésta o no una verdad demostrada por nuestra amarga experiencia a lo largo de diez meses de guerra? Nuestro Partido llamó constantemente la atención hacia estos hechos. ¿Quién no recuerda la lucha del Partido contra los generales organizadores de derrotas, como el general Asensio, o contra ineptos, como el general Cabrera, y tantos más? ¿Cuántos ataques no tuvimos que soportar los ministros comunistas por haber planteado estos hechos en el seno del Gobierno,

y ante nuestro Partido, y por haberlos denunciado públicamente? Nuestro Partido señaló con el dedo a los traidores y a las madrigueras de la traición. Y, por no haberle escuchado, se han producido hechos tan dolorosos como los de Málaga, y se nos ha abocado a otras catástrofes.

MÁLAGA FUE EL RESULTADO DE LA TRAICIÓN Y DE LA INEPCIA EN LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA

La caída de Málaga fué producto de la inepticia y de la traición... (Grandes aplausos.) De la inepticia del ministro de la Guerra, que, a pesar de conocer la gravedad de la situación —como la conocía por diversos conductos, no solamente comunistas, sino socialistas y republicanos—, no supo o no quiso tomar las medidas necesarias para la reorganización de este frente, acabar allí con las Milicias de Partidos y de Sindicatos y crear el Ejército regular, depurar los mandos, en los que había emboscados, traidores e ineptos, públicamente conocidos, dotar a este Ejército de los medios necesarios para poder hacer frente a los ataques del enemigo. No se puede decir que Málaga haya caído por sorpresa. ¡No! Este argumento no vale. Nadie puede afirmar honradamente que el desembarco de fuerzas extranjeras, especialmente italianas, fuese un hecho desconocido por el Estado Mayor de nuestro Ejército. Los planes del enemigo, el desembarco de tropas extranjeras eran hechos conocidos con muchas semanas de antelación a la caída de Málaga. El mismo enemigo lo había anunciado de antemano a bombo y platillo, porque estaba seguro de realizar su "hazaña militar"; y estaba seguro de ello, porque contaba en el seno de nuestro Ejército con sus propios agentes, con los jefes traidores que al primer contacto con el enemigo abandonarían la dirección de nuestras fuerzas armadas y dejarían las posiciones a merced de las tropas enemigas.

Esta es la verdad de los hechos, verdad que nadie puede desmentir. Con una buena defensa y buenas fortificaciones, Málaga era una posición inexpugnable; esto lo sabe cualquiera que conozca el a b c de la estrategia militar. A poco que se hubiesen defendido las montañas y desfiladeros que circundan Málaga, se hubiese asegurado su defensa. Pero, en último caso, si las fuerzas del enemigo hubiesen sido enormemente superiores a las nuestras, se hubiese podido preparar un plan de retirada estratégica, obstaculizando enormemente los avances de las fuerzas enemigas y, antes de conquistar la ciudad, a éstas les hubiesen costado sacrificios inmensos de hombres y material, que habrían equivalido a una

derrota. De este modo, nuestro Ejército hubiese podido retirarse estratégicamente, con muy pocas pérdidas, y ocupar posiciones ventajosas para el contraataque.

Pero la mano de la traición, de la traición conocida y no castigada (aplausos) siguió su obra. Una primera orden de pretendida "retirada estratégica" de quince kilómetros a la redonda, permitió al enemigo ocupar posiciones estratégicas y ventajosas en las cumbres y enfilas sus armas mortíferas contra nuestros milicianos, que se habían retirado a la escarpada de la montaña. Sin orden ni plan que previese las diversas etapas, nuestras tropas recibieron orden de retirarse a nuevas líneas de defensa, y se les mandó a siete u ocho mil hombres que se concentraran en la desembocadura de un valle que tenía una única salida. Luego, cuando se vieron acosados por el enemigo, nuestros milicianos no pudieron retirarse ordenadamente para concentrarse en la defensa de la ciudad, porque se encontraban a sesenta o setenta kilómetros de Málaga, sin camiones para desplazarse y sin que los trenes funcionasen por falta de carbón. (Una voz del público: "¡Todo eso es verdad!") Es, camaradas, el Evangelio puro. (Aplausos.)

En cuanto a las fortificaciones necesarias para defender los desfiladeros, éstas no se construyeron, o en la medida que se construyeron fueron denunciadas al enemigo por el jefe de fortificaciones, que se pasó al otro campo.

Todos conocéis lo que pasó en Málaga: derrotas sin grandes combates estratégicos, columnas de heroicos milicianos sin mando ni dirección, dieron su vida para detener el avance de un enemigo bien pertrechado y dirigido; y la matanza espantosa de miles de mujeres y de niños que convirtió en un río de sangre la carretera de Málaga a Motril. Y todos conocéis también la ola de indignación que provocó en nuestro pueblo la caída de Málaga en manos del enemigo.

¿Sabéis la explicación que el general Cabrera, jefe entonces del Estado Mayor, dió a esta catástrofe? Dijo, como la cosa más natural del mundo, que, estratégicamente, la pérdida de Málaga no tenía importancia, pues con ello se reducía nuestro frente. (Risas y silbidos.) Si yo hubiese sido ministro de la Guerra, hubiese escuchado esta explicación como vosotros, con risas. Pero veinticuatro horas después, el tal "estratega" estaría debajo de tierra. (Ovación.)

Y cuando nosotros, y con nosotros todo el pueblo, señalábamos con el dedo a los traidores y los focos de traición que había que sanear, el ministro de la Guerra nos decía que eran calumnias y nos pedía pruebas, pruebas y pruebas. Ahora le vamos a dar pruebas, porque lo de Málaga va a salir a flote y los traidores serán juzgados. (Formidable ovación.)

LA TESTARUDEZ Y LA INEPCIA DE CABALLERO LE IMPIDIERON SACAR LAS LECCIONES DE LA DERROTA DE MÁLAGA, Y LA OBRA TRAIIDORA DEL ENEMIGO SIGUIÓ SU CURSO

El 14 de febrero, Valencia fué testigo de una imponente manifestación popular. Manifestación de adhesión al Gobierno del Frente Popular, que el presidente ególatra quiso utilizar como un acto de adhesión personal a él; pero manifestación que era, al mismo tiempo, de intimación y advertencia al Gobierno sobre la necesidad de cambiar profundamente la política de guerra y de no dejar impunes a los culpables de tamaña traición. (Aplausos.)

¿Qué exigió el pueblo en aquella memorable manifestación? Exigió que se realizaran las condiciones mínimas para ganar la guerra.

Cualquier jefe de Gobierno que hubiese tenido despierta la sensibilidad política, hubiese recogido esas advertencias y se hubiese dado prisa en llevar a la práctica lo que el pueblo demandaba. Pero, en vez de hacer esto, en vez de comprender que la insistencia de nuestro Partido para que se llevaran a la práctica estas decisiones del pueblo estaba más que justificada, Caballero utilizó aquella manifestación para tratar de volverla contra los deseos de la masa popular. El pueblo exigía la "implantación del mando único en el Ejército". Caballero entendía el mando único en el Ejército como el mando personal del ministro de la Guerra. ¿Es acaso esto el mando único? No; el mando único quiere decir la creación de un Estado Mayor único para los frentes de España, Cataluña y Euzkadi. La dirección única de toda la guerra por este Estado Mayor, la coordinación de las operaciones en los distintos frentes por este Estado Mayor. ¿Qué ha hecho en este sentido el Gobierno de Caballero? Nada o casi nada.

La manifestación de Valencia pidió "la depuración de todos los cargos militares de responsabilidad, colocándose en los mandos a personas de absoluta capacidad y lealtad al régimen". ¿Cómo entendía el ministro de la Guerra del anterior Gabinete esta demanda angustiosa del pueblo antifascista? Desplazando de sus cargos a comisarios políticos, a los luchadores que más habían contribuido a la formación del Ejército Popular, que con mayor abnegación habían estimulado el heroísmo de nuestros combatientes. El Gobierno Largo Caballero hizo la depuración a la inversa. Se pedía la depuración del Estado Mayor del Ejército, se apuntaba con el

dedo a traidores e Incapaces como Asensio, Cabrera y otros, y cuando la presión de nuestro Partido y de las masas le obligó a desprenderse de colaboradores tan nefastos, Caballero hizo la depuración al revés, eliminando del Estado Mayor a los mejores colaboradores, por ser comunistas, mientras en los altos cargos militares y en las plantillas de oficiales continuaban campando los Incapaces y los desleales, y no se tomaba ninguna medida para barrer los residuos fascistas. Se comenzó a aguijonear (porque otra cosa no podían hacer) a un prestigioso militar como el general Miaja (**grandes aplausos**), por celos de la popularidad y la gloria a que se había elevado un general que había ofrecido todo su esfuerzo por el pueblo, pero que por estar compenetrado con la política del Partido Comunista merecía, al parecer, que se le vejase y zahiriese. Lo mismo se hizo con los comisarios políticos, esos hombres que son el alma y la esencia de toda nuestra lucha, la garantía absoluta del contenido revolucionario de nuestro Ejército. Con el pretexto de que había muchos comunistas, comenzó la persecución contra estos hombres y de rechazo contra el Partido que tenía la osadía de salir a la calle a interpretar el sentir del pueblo, diciendo que no podía consentirse ni permitirse que crímenes tan monstruosos, tan trágicos como el de la pérdida de Málaga pudieran permanecer impunes.

No se dió satisfacción a ninguna de las reivindicaciones populares. Se pedía el mando único y la contestación era: "¡El mando único soy yo!" Se pedía el Ejército único y se contestaba: "¡El jefe del Ejército único soy yo!" Y así todo por el estilo.

¿Es ésta la política de guerra que debe llevar un Gobierno que se propone lograr la victoria? ¡No! (**Grandes aplausos.**)

Consecuencia de todo esto es la situación que se nos ha creado en algunos frentes y que es como la herencia de esta política nefasta. Tal es, principalmente, el caso de Euzkadi.

CON OTRA POLITICA DE GUERRA, EL PELIGRO QUE SE CIERNE SOBRE VIZCAYA HUBIERA PODIDO EVITARSE

Todos conocéis la situación trágica por que atraviesa actualmente Vizcaya. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? Por no haber sabido o no haber querido preocuparse a tiempo de los problemas de esta región, de los problemas que interesan a todo el Gobierno nacional; por no haberse reorganizado las milicias y no haberse creado el Ejército regular; por no haberse depurado los mandos ni enviado mandos fieles a reorganizar el Ejército de este país, pues el Gobierno

sabía perfectamente que no todo era allí lealtad, porque el Gobierno no se preocupó de dotarlo de los medios necesarios para su defensa. La ofensiva enemiga sorprendió a Euzkadi sin haber reorganizado sus milicias y forjado un Ejército popular, y hubo de organizarlo bajo el fuego mismo de la lucha. ¿Comprendéis lo que esto ha significado para el enemigo? Otro tanto puede decirse en lo que concierne a las fortificaciones. Las líneas de defensa han tenido que fortificarse a toda prisa, y hoy Bilbao está pasando por una situación muy difícil, tan difícil como la de Madrid en la primera quincena de noviembre. Y solamente el esfuerzo que habrá de desplegar el nuevo Gobierno, unido al gran heroísmo del pueblo vasco, podrán salvar a Bilbao de la ocupación enemiga.

Estos hechos fueron prevenidos a tiempo por nuestro Partido; pero, como siempre, no fué escuchado por quien tenía la responsabilidad de la dirección de la guerra.

¿QUÉ OCURRE EN EL FRENTE DE ASTURIAS?

Dos palabras sobre el frente de Asturias. Todos sabemos la bravura con que luchan los mineros asturianos. (Aplausos.) Y sin embargo, aún no se han librado las batallas en que esta bravura y este heroísmo hayan podido obtener los resultados que merecen. ¿Por qué? Porque hasta ahora tampoco en Asturias se ha sabido encuadrar las milicias de Partido y de Sindicatos en un verdadero Ejército regular, porque no se ha sabido dotarlo de mandos capaces, preparar los planes estratégicos que permitan utilizar racionalmente aquel gran caudal de energías.

La toma de Oviedo, tantas veces anunciada como inminente, podrá ser una realidad, y los bravos mineros podrán descender de las montañas asturianas, para acosar al enemigo en los frentes de Burgos y León, si se reorganizan esas fuerzas, si se crea el Ejército regular, si ese frente es dirigido por el Estado Mayor Central. Esto es lo que reclamábamos del Gobierno Largo Caballero, lo que éste no realizó y lo que habrá de realizar el Gobierno actual.

¿Y EL FRENTE DE TERUEL?

¿Cuántas veces se ha preparado el ataque para cercar a Teruel y luego proseguir la marcha hacia el resto de las tierras aragonesas? Muchas veces, como todos sabéis. Y sin embargo, no han podido obtenerse los resultados apetecidos de estas operaciones. ¿Por qué? Porque, a pesar de los diez

meses de guerra transcurridos, no se ha conseguido disciplinar y organizar todas las fuerzas armadas que se encuentran en ese frente, para formar un verdadero ejército disciplinado. A excepción de una o dos Brigadas, hay allí todavía demasiadas columnas con nombres altisonantes, que pegan carteles con alegorías truculentas, que amenazan con arrasarlo todo en la retaguardia, pero en el frente no operan como una fuerza disciplinada y bajo verdaderos mandos. ¿Culpa de ellos? ¡No! Culpa de quien, debiendo haber organizado este frente, no lo ha hecho. A pesar de todo, en Teruel ha habido avances y se han tomado posiciones —que en muchos casos hubo que abandonar por falta de refuerzos— pero estos avances fueron conseguidos precisamente por las fuerzas armadas encuadradas en el Ejército regular. Por eso, nosotros, insistimos en pedir que se reorganice el frente de Teruel. ¿Teníamos o no razón al pedir esto? (Aplausos.)

¿POR QUÉ EL GOBIERNO CABALLERO NO QUISO REORGANIZAR EL FRENTE DE ARAGÓN?

La situación en que se ha dejado al frente de Aragón es otro de los hechos que demuestran la incapacidad del ministro de la Guerra anterior para crear las condiciones de la victoria. Y así vemos cómo en este frente se ha hecho ya un fenómeno serio el consabido parte: "Sin novedad"; y el de: "Se ha pasado a nosotros un soldado con fusil". Y conste que al decir esto no hacemos ningún reproche a las fuerzas armadas que se encuentran en ese frente. Y menos aún achacamos su pasividad, o esa actividad casi nula de las fuerzas, a la ideología política que sustentan algunas de esas columnas. No. Es un problema de disciplina y de organización, sobre el que nuestro Partido ha insistido constantemente en la Prensa, en el mitin, en el seno del Gobierno. Una masa de gente armada que no tiene disciplina férrea, que no se instruye y prepara militarmente, que no tiene como perspectiva el ataque a fondo contra el enemigo, a lo largo del tiempo se descompone, se desmoraliza, pierde la combatividad y llega a representar un peligro para la retaguardia. Fuerzas que no hacen la guerra en los frentes, pasan a dar guerra en la retaguardia. Y, si no, que lo digan los hechos criminales acaecidos últimamente en Cataluña y las atrocidades, de que luego hablaremos, que se están cometiendo con la población civil, y especialmente con los campesinos, en el territorio aragonés y en Cuenca. Con un Ejército así no se puede ganar rápidamente la guerra. Y nosotros, y con nosotros todo el pueblo, queremos que la guerra se gane pronto. (Grandes aplausos.)

SI EL GOBIERNO CABALLERO HUBIESE REALIZADO NUESTRA CONSIGNA DE EJÉRCITO ÚNICO Y MANDO ÚNICO, LA SITUACIÓN DE LOS FRENTE SERÍA MUY OTRA

Una situación semejante de desorganización en algunos frentes tenía que repercutir sobre la situación militar en todo el país. Además de esta situación de desorganización, existía el hecho de que cada uno de esos sectores obraba independientemente. Y así, mientras el Ejército del Centro, por ejemplo, tenía que hacer frente a ataques furiosos del enemigo y poner en juego todas sus fuerzas para poderlo contener, cuando iniciaba la contraofensiva no podía alcanzar por completo sus propósitos, porque el enemigo recibía continuos refuerzos arrancados de los frentes de Aragón, de Teruel, o de otra parte que, por no haber un mando único que dirigiese las operaciones, se mantenían pasivos y permitían al enemigo dejar esos frentes desguarnecidos mientras concentraba sus fuerzas sobre Madrid. Y, sin embargo, quien tenga unas nociones elementales de táctica y estrategia militar sabe que, en la guerra, para obtener resultados, es preciso que mientras se ataca en un frente se entretenga al enemigo en los otros para impedir la movilización y concentración de sus fuerzas en el punto que él considere decisivo. Pero esto no podía conseguirse si a nuestro Ejército le faltaba un mando único y un plan único de operaciones, una dirección de la guerra.

Comprenderéis ahora por qué nuestro Partido insistía tanto en la necesidad del mando único, en la necesidad de la organización del Ejército regular en todo el país, en la necesidad de un plan único de operaciones. ¿Tenía o no tenía razón nuestro Partido cuando planteaba estos problemas en el seno del Gobierno, en la prensa, en los mítines, en todas partes? Los hechos demuestran que sí. (Gran ovación y vivas al Partido Comunista.)

¿CÓMO, A PESAR DE TODO ESTO, SE HA FORMADO YA, EN VARIOS SECTORES EL EJÉRCITO REGULAR DEL PUEBLO?

Se preguntará: ¿Cómo, entonces, a pesar de todo esto, el Ejército regular del pueblo es ya una realidad en varios sectores de nuestro territorio? Ha sido porque nuestra polí-

tica, nuestra consigna de Ejército Popular, prendió entre los soldados y oficiales fieles a la causa de la República y se transformó en acción. No es casualidad el que la consigna de "Ejército único y mando único" prendiese profundamente y se realizase precisamente en el sector del Centro, donde la influencia de nuestro Partido es decisiva. No es casualidad el que las Milicias se vayan reorganizando en unidades del Ejército en el Sur y en otras partes, donde los comunistas predominan y han sabido explicar a las masas de los soldados la necesidad de este Ejército.

He ahí por qué nosotros insistimos en la necesidad de gobernar de cara al pueblo, porque el pueblo de España, nuestro heroico proletariado, nuestros valientes campesinos, toda la población trabajadora está dispuesta a hacer todos los sacrificios para ganar rápidamente la guerra. Nuestro Partido quiere que se discipline esta fuerza invencible, se la organice, se le den perspectivas claras de cómo y en qué dirección han de dirigir sus esfuerzos para ganar rápidamente la guerra. Por eso queríamos —o hicimos esfuerzos sobrehumanos para conseguirlo— que el Gobierno Caballero estuviese a la altura de nuestro pueblo magnífico y no continuara una política de encrucijadas, una política mezquina, inepta y nefasta. (Grandes aplausos.)

EL GOBIERNO LARGO CABALLERO NO SUPO COMPRENDER EL CARÁCTER QUE DEBE TENER UN EJÉRCITO POPULAR

Uno de los errores más graves de Largo Caballero es el no haber comprendido el carácter del nuevo Ejército regular surgido de las entrañas del pueblo; el no haber comprendido que el Ejército que se forjaba y se está forjando bajo el fuego de la lucha no podía estructurarse sobre la base burocrática del antiguo ejército, y que los puestos de mando decisivos, desde el Estado Mayor hasta el mando de una compañía, debían estar en manos de hombres seguros, salidos del seno del mismo pueblo y de hombres, militares o civiles, pero seguros; el no haber comprendido que por esta razón había que hacer una política de depuración metódica de los mandos militares, para alejar del Ejército a los elementos inseguros, castigar implacablemente a los desleales, hacer una política de cuadros militares, elevando paciente y metódicamente a puestos de mando a todos los valores surgidos del pueblo y utilizando a gran parte de los viejos militares para crear escuelas en la retaguardia, lo mismo que cerca de los

frentes, donde educar a los nuevos valores surgidos del seno del Ejército popular.

Hay quien dice que los mandos militares no pueden improvisarse, que no es posible adquirir empíricamente una noción del arte militar. Es indiscutible que el arte militar, en su parte científica, hay que aprenderlo en los libros, en las escuelas; pero el arte militar no se aprende solamente en las Academias, sino, sobre todo, en la lucha misma. No todos los que tienen estrellas de oficial o entorchados de general entienden de arte militar. Pero, además, en una guerra civil no se pueden desarrollar las capacidades militares si no se siente profundamente la causa del pueblo. ¿Acaso eran militares antes de la guerra los camaradas Modesto, Lister, El Campesino, Durán, Cartón, Del Barrio, Mera, etc.? (Grandes aplausos.) No; eran simples obreros; hoy, en cambio, son jefes militares indiscutibles. ¿Acaso antes de la guerra eran grandes jefes militares los camaradas Rojo, Ortega, Burillo, los hermanos Galán, Márquez, Cerdón, Ciutat, Jurado (grandes aplausos) y tantos más? ¡No! Hoy, en cambio, son jefes indiscutibles del Ejército, por su capacidad adquirida o probada en la lucha, por su abnegación y su heroísmo. ¿No son hoy grandes militares queridos por el pueblo, Miaja, Pozas, Riquelme, Hernández Sarabia y otros? (Grandes aplausos.) ¿Por qué? Porque sienten la causa del pueblo.

¿De qué sirven las Academias si la capacidad militar adquirida en ellas es luego utilizada contra nosotros, de forma solapada y traicionera? Ahí está como ejemplo el gran "estratega" general Asensio, tan querido por Largo Caballero. Estratega, ¿en qué? En planear y organizar derrotas. De él es, aunque la hayan expresado otros, la teoría de que las derrotas que se han sufrido en el valle del Tajo hasta las puertas de Madrid han tenido gran valor estratégico, porque han servido para entretener al enemigo y demorar el cerco de la capital de la República.

Claro está que con este concepto "estratégico" de la guerra no comulga ni comulgará ningún obrero, ningún campesino, ningún español honrado. Aun sin saber nada de estrategia militar, todo antifascista se dirá si, en vez de aplicar esa "estrategia", no hubiese sido mejor poner en práctica lo que exigía el Partido Comunista: hacer grandes fortificaciones a algunos kilómetros a la redonda de Madrid, preparar nidos de ametralladoras, construir parapetos inexpugnables, hacer trampas para tanques, disciplinar y organizar las milicias, instruir las en el manejo de las armas, crear unidades del Ejército popular, tal como lo hizo el Quinto Regimiento, creado por el Partido Comunista desde el comienzo de la guerra. Así se hubiese contenido el avance del enemigo.

¿Acaso era una estrategia de guerra aquella "estrategia"

de los "sablos militares" de que se rodeaba Largo Caballero; de donde la tesis aquella del general Cabrera de que, en el fondo, la caída de Málaga no era nada grave, puesto que nos beneficiaba estratégicamente, ya que nos permitía rectificar nuestras líneas en varios kilómetros y achicar nuestro frente del Sur? He ahí las teorías de dos grandes "estrategas" profesionales y de muchos otros consejeros de Largo Caballero, combatidas enérgicamente por nuestro Partido hasta conseguir su destitución. ¡Qué gran servicio nos hubieran hechos estos "estrategas", si hubiesen aplicado estas concepciones "estratégicas" en el campo enemigo. (Grandes aplausos.)

En esa escuela de "estrategas" es seguramente donde ha aprendido Largo Caballero. Os decía hace unos minutos que Caballero se creía, no sé por qué arte de birlibirloque, un gran estratega. Ahora, os contaré lo que acaba de manifestar en una reunión de delegados del Comité Nacional de la U. G. T., celebrada ayer —reunión mal llamada secreta, en la que, ante más de cuarenta delegados, Caballero reveló secretos de tipo militar, con una frivolidad que en su día juzgaremos debidamente—. En esta reunión declaró que él era el único hombre capaz de ganar la guerra. Para demostrarlo, hizo, al parecer, manifestaciones tan pintorescas como la siguiente: "Cuando yo entré en el ministerio de la Guerra no sabía nada de estrategia militar; pero, ahora, sí sé. Sé de táctica y de estrategia. En la operación que se hizo frente al Garabitas, en Madrid —a la cual yo era contrario—, si se hubiera aplicado la estrategia, en vez de la táctica, otra cosa hubiese sido. Porque la táctica es atacar de frente y la estrategia cogerlos por detrás". (Grandes risas.)

¡Y este hombre quería seguir siendo ministro de la Guerra! Digo esto sin ánimo de ofensa personal, porque nadie está obligado a saber de todo, y él, Largo Caballero, no tiene la culpa de no haber sido militar, lo mismo que me sucede a mí. Si yo fuese mañana ministro de la Guerra, me rodearía de colaboradores seguros, a quienes daría una perspectiva de tipo político, porque también la política hace la guerra y es parte integrante de ella; pero los hombres que saben dirigirla técnicamente lo harían controlados por mí. Pero creerme yo el jefe supremo de la guerra, porque me han situado en el ministerio de la Guerra, es un absurdo. Lo mismo podría decirse de mí en la cartera que desempeño. Yo, de niño, por mi pobreza, no he tenido instrucción escolar, y, sin embargo, hoy soy ministro de Instrucción pública. Yo trazo las orientaciones de tipo político, de acuerdo con mi Partido, orientaciones que los técnicos leales son los encargados de poner en práctica. Lo ridículo sería que yo, queriendo dárme las de gran pedagogo, me pusiera a revisar el Espasa

para reformar el idioma. Es un problema de concepción personalista y de egolatría, como os decía Dolores, que llegaba hasta el extremo de que, cuando nos acercábamos a él para decirle: "Francisco Largo Caballero, como camarada, no como ministro, estos hechos hay que modificarlos en tal o cual sentido"—, y no porque nosotros nos erigiésemos en depositarios de toda la razón y de toda la verdad, sino simplemente en nuestro deseo de aportar nuestra experiencia, la experiencia de nuestro Partido, que habéis visto no es de despreciar, y para que entre todos encontrásemos el camino justo para ganar rápidamente la guerra—, él, ¡cal!, se cerraba a la banda—pues su amor propio y su soberbia no podían aceptar aquellas orientaciones o indicaciones que le hacíamos—, y decía siempre lo mismo: "Eso ya lo he previsto; eso ya está arreglado por mí." Y las cosas continuaban igual o peor. Para nosotros, es doloroso tener que poner de manifiesto el fracaso de este hombre, que pudo haber sido un gran jefe del Gobierno del Frente Popular. Pero, por encima de los hombres, por altos que estén, están los principios y los intereses del pueblo. (Aplausos.) Por eso nosotros, con harto dolor, tuvimos que dejar de lado a este hombre, para proseguir el justo camino que llevará a nuestro pueblo a la victoria. (Ovación.)

LARGO CABALLERO JAMÁS HA REALIZADO UNA POLITICA CONSECUENTE DE RE- SERVAS. AL CONTRARIO: LA HA OBS- TACULIZADO

¿Cuántas veces ha insistido nuestro Partido sobre la organización y utilización de las reservas? Millares de veces. ¿Qué se hizo para resolver este problema? El decreto de movilización dado a finales de octubre hubo que repetirlo en febrero. Se ha cumplido con exceso el plazo y aún hay millares de hombres comprendidos en el llamamiento que, por falta de organización, no están incorporados a filas; todavía hay centenares de miles de hombres aptos y ávidos de luchar que no reciben instrucción militar. Entre tanto, nuestras grandes operaciones ofensivas han tenido que paralizarse, porque, como en Guadalajara, nuestros soldados, vencedores, caían exhaustos y no podían llevar adelante la persecución del enemigo en derrota. Como veis, en éste, como en otros asuntos, no hemos sido escuchados por Largo Caballero, jefe del Gobierno anterior.

TAMPOCO EXISTIA UNA POLITICA SOBRE LA INDUSTRIA DE GUERRA

Queríamos también que se asegurase el abastecimiento en armas y municiones del gran Ejército popular en formación. Aunque parezca una ironía de la Historia, hoy en España, en la parte de territorio que ocupan nuestras fuerzas, que es poco más de la mitad de todo el país, tenemos una cantidad de fuerzas armadas y material técnico jamás conocido en nuestro pueblo, material adquirido en el extranjero, y queremos y podemos fabricar más material de guerra. Queremos y podemos tener un Ejército todavía más poderoso, para ganar más rápidamente la guerra y asegurar la paz.

Por eso nosotros hemos pedido con reiterada insistencia, —lo pidió igualmente la manifestación del 14 febrero—, “la creación de una fuerte industria de guerra, controlada por el Gobierno”. Pero, pese a todas las promesas, nuestro poderoso aparato industrial continuaba en el mismo desconcierto que antes de la memorable manifestación. Aún no se había creado el organismo técnico, coordinador y director de la producción industrial; todavía no se habían nacionalizado las fábricas que pueden y deben dedicarse a la producción de guerra; aún hay industrias que funcionan según el antojo o el criterio de organizaciones particulares, y a nadie se le oculta que la necesidad de una potente industria de guerra, que abastezca a nuestro Ejército de todos los elementos y de todo el armamento indispensable, es una de las necesidades más imperiosamente sentidas desde el primer momento de la guerra, agudizada desde que el control de las potencias europeas y el sabotaje del fascismo internacional han hecho mucho más difícil importar armas y municiones para nuestro Ejército.

Como veis, así, era imposible hacer la guerra; así, era imposible dirigir la guerra; así, era imposible ganar la guerra. Por este camino, se iba y se llevaba al pueblo a la catástrofe. Por eso nuestro Partido no podía consentir ni tolerar que las cosas marchasen por ese derrotero. Y por eso, rodeados y fortalecidos con el asentimiento que logramos el día 9 de mayo, en el llamamiento que hicimos a todos los ciudadanos leales del país, en el que recabamos y obtuvimos la adhesión clamorosa del pueblo, fuimos a decirle a Largo Caballero que no estábamos dispuestos a que las cosas siguiesen como hasta allí. Y así surgió la crisis. Crisis provocada, como se ve, entre otros factores, por la política de guerra, ciega y obstinada, de Largo Caballero.

Es pueril decir que la crisis la han provocado los comu-

nistas. La transformación que se ha producido dentro del Gobierno era necesaria e indispensable, porque el pueblo español tiene absoluta necesidad de ganar la guerra, de acortar los plazos de la guerra. Y sabía que para esto la política falsa de Largo Caballero significaba un obstáculo insuperable, que había que arrollar. No nos ha movido ningún afán de puestos, pues éramos dos ministros y dos ministros seguimos siendo. Nosotros no luchamos por puestos; luchamos por una política que nos conduzca a ganar la guerra, y si ello exige que hayamos de luchar con nuestros más cercanos amigos y colaboradores, a esa exigencia nos atenderemos, porque toda la razón de nuestra existencia en esta hora histórica es ganar la guerra, ya que ganando la guerra lo ganamos todo: la guerra y la revolución. (Gran ovación.)

(En este momento, la Presidencia pasa al orador una nota, que éste lee al público, en la cual se comunica que el Comité Nacional de la U. G. T., por veinticuatro votos contra catorce, ha acordado desautorizar la actitud de la Comisión Ejecutiva de la U. G. T., ante la crisis, dar su adhesión al Gobierno del Frente Popular, presidido por el camarada Negrín, y enviarle una delegación para notificárselo verbalmente. El público, puesto en pie, prorrumpe en una estruendosa ovación, con vivas a la U. G. T., a la unidad sindical, al Partido Comunista y al Partido Único del proletariado. Es un momento de gran emoción.)

EL MINISTRO DE LA GOBERNACIÓN DE LARGO CABALLERO ERA INCAPAZ DE ASEGURAR EL ORDEN EN LA RE- TAGUARDIA

Sin asegurar el orden en la retaguardia, es imposible ganar la guerra. Largo Caballero y su ministro de la Gobernación, por debilidad o por cálculo político, no imponían el orden revolucionario en la retaguardia. Por eso, cientos de miles de manifestantes, en representación de todo el pueblo antifascista, gritaron el 14 de febrero: "¡Todo el poder para el Gobierno!" ¿Qué quería decir esta consigna? Que se acabase con los "gobiernos pequeñitos" —como los llamó nuestro camarada Díaz— y con los que hacían la "revolución" por su propia cuenta, despojando a los demás de sus bienes y de su libertad.

¿Cómo se ha cumplido este deseo de las masas y esta necesidad imperiosa de la guerra? El poder del Gobierno aún está, en algunos pueblos, subordinado a las fuerzas armadas particulares y a las bandas de los llamados "incon-

trolados", que despojan a los campesinos del fruto de su trabajo e implantan una opresión brutal en los sitios donde campan por sus respetos.

Las masas que se manifestaron en Valencia pedían "la intensificación de los trabajos de fortificación de las costas, con trabajo obligatorio para todos los movilizados".

La discreción nos impide descender a detalles en el comentario de este punto. Pero, hay en él un aspecto básico que podemos plantear con toda claridad, sin incurrir en las indiscreciones que censuramos en otros. ¿Cuándo, cómo y dónde se ha establecido el "trabajo obligatorio, para todos los movilizados" que pedía el pueblo? La inmensa mayoría de los hombres que están en condiciones de hacer este trabajo efectivo de defensa, pasean su ocio por la calle o se arrellanan en las mesas de los cafés. (Aplausos.)

Pedía el pueblo que se limpiase la retaguardia de "vagos y maleantes" y que se les obligase a trabajar en beneficio de la guerra, haciendo fortificaciones. Si se hubiese ejecutado este mandato, con los vagos y maleantes que pululan por ahí, se habrían hecho tantas fortificaciones, que nuestras ciudades y costas serían inexpugnables contra todo un mundo de enemigos. (Grandes aplausos.) ¿Qué se ha hecho con ellos? Cierto que se ha detenido a gentes de la "quinta columna", pero ¿cómo? El beatífico Galarza los hacía entrar por una puerta, para luego dejarlos salir por la otra. Por eso decía el camarada Díaz, refiriéndose a los constantes descubrimientos de "quintas columnas", que a la "quinta columna" no se le veía nunca el rabo. ¡Claro! Con aquel continuo entrar y salir de detenidos, más que "quinta columna" parecía un "ifovivo". (Risas y aplausos.)

El pueblo pedía que "todas las armas largas se pusieran bajo la autoridad del Gobierno". El último levantamiento de Cataluña, producido cuatro meses después de la manifestación de Valencia, nos dice elocuentemente que una gran cantidad de armas, y no sólo fusiles, sino ametralladoras, cañones y tanques, estaban fuera del control del Gobierno y aguardando la oportunidad de revelarse contra él. He aquí, pues, otra de las reivindicaciones populares que no se había cumplido y que, a pesar de haber sido formulada a tiempo por las masas antifascistas, seguía y sigue aún constituyendo el problema más grave de la retaguardia.

¡FUERA LA INMORALIDAD DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN!

La separación de Galarza del ministerio de la Gobernación la exigíamos, además, por otra razón. ¿Podía un ministro que ha presenciado durante seis meses cómo se fraguaba

a la vista de todos el levantamiento de Cataluña, cómo se atropellaba, saqueaba y escarneaba a los campesinos, que permitía la existencia de partidas "incontroladas" en el centro de algunas ciudades, que toleraba la campaña subversiva y de difamación realizada contra el Gobierno y el Frente Popular, llevada por los provocadores trotskistas y por su órgano "La Batalla", podía infundir al pueblo confianza en la capacidad y en la energía con que tiene que contar el hombre encargado de imponer el orden revolucionario en la retaguardia y de defender las conquistas de la revolución popular? Indudablemente, no.

Hay una porción de hombres que conciben que la revolución es apoderarse de un pueblo, hacer la vida imposible a los vecinos, tomarles las cosechas y las tierras por la violencia, en nombre de una pretendida "socialización", suprimir el dinero de los demás para aumentar el propio; y todo esto se permitía y consentía a ciencia y paciencia. Por eso le llamábamos el beatífico Galarza.

Por eso nuestro grito de: ¡Fuera Galarza de Gobernación! ¡Fuera de Gobernación el amigo de los incontrolables, el "descubridor" de las quintas columnas, que se rehacían como por ensalmo al día siguiente de ser descubiertas, el que dejaba impunes los robos y los crímenes que se cometían en la retaguardia! (¡Muy bien! Muchos aplausos.)

LARGO CABALLERO NO LUCHABA PARA EVITAR EL CAOS ECONÓMICO Y FI- NANCIERO

Había también el peligro de que se nos agotase el dinero. Había una tolerancia complaciente con determinadas organizaciones que, no sé por qué, se irrogaban una representación que nadie les había concedido, pero que les procuraba millones y millones en divisas extranjeras, que tan necesarias son para que el Estado disponga de ellas para los gastos de la guerra. Esos organismos, que decían representar un avance, un progreso en la "socialización", sabiendo que en los muelles de Valencia y de todo Levante y en los campos de esta hermosa región se pudrían los frutos, los dejaban pudrirse si no los hacían pasar por las horcas caudinas de las organizaciones ésas, en las cuales el Estado no tenía ninguna forma de control.

Y mientras tanto, la Hacienda y la Economía española iban a la ruina. Y el día en que nos quedásemos sin dinero, no sé lo que iba a ser de nosotros, porque, innegablemente, el dinero extranjero, estas naranjas y estas aceitunas de exportación representan, para el pueblo español que está pe-

teando, la posibilidad de continuar haciendo la guerra y adquirir los elementos necesarios para combatir; y si hay quien entorpezca esto y se quede con el dinero de la exportación que el Estado necesita para poder continuar proporcionándose el armamento, y hablan de "socialización" y de "comunismo libertario" o de lo que hablen, están cometiendo un doble crimen: el crimen que significa el atropello y el saqueo que en muchísimos pueblos están cometiendo, y este otro crimen de llevar a la ruina nuestra economía. (Grandes aplausos.)

¿QUIEN PRODUJO LA CRISIS? EL CLAMOR DE LAS MASAS DEL FRENTE Y DE LA RETAGUARDIA

Nuestro Partido —no lo ocultamos—, haciéndose eco del clamor de las masas, planteó la crisis en el Gobierno, fundamentándola en razones políticas, y, desde el momento mismo en que se produjo la crisis, determinada por la necesidad de poner remedio a estas deficiencias y al incumplimiento de las demandas populares; nuestro Partido explicó al pueblo que él estaba dispuesto a colaborar con cualquier Gobierno de Frente Popular que aceptase un programa mínimo en que figurasen los puntos esenciales cuya realización nos permitiera ganar rápidamente la guerra y consolidar las conquistas de la revolución. Para eso, hizo público este programa y las condiciones para asegurar su realización. Una de nuestras exigencias era que Galarza no volviese a ser ministro de la Gobernación y que la presidencia del Consejo estuviese desligada del ministerio de la Guerra. Y esto último no era una simple exigencia de carácter personal. Era el reconocimiento de una necesidad de la misma guerra. En épocas normales, cuando los asuntos del Gobierno se tramitan con mayor o menor facilidad, ambos cargos pueden ser desempeñados por una misma persona. Pero en época de guerra, cuando todas las energías, todo el entusiasmo y toda la capacidad de un hombre tienen que estar íntegramente consagrados al imperativo de obtener la victoria y resolver los múltiples problemas que la guerra plantea, la capacidad de un hombre, por muy extraordinaria que fuese, no podría abarcar con eficacia los dos cargos. Por eso nuestro Partido exigió, desde el primer momento, que la atención íntegra del ministro de la Guerra estuviese dedicada a la guerra y solamente a ella.

Pero nuestro Partido, además de esto, quiso evidenciar su disconformidad con la política realizada por Caballero en el ministerio de la Guerra, y, consecuente con ello, la necesidad de que fuese remplazado por otro hombre capaz de dirigir eficazmente la guerra. (Muy bien. Aplausos.)

¿CÓMO SE RESOLVIÓ LA CRISIS?

A través de los hechos que acabo de señalar comprenderéis las razones políticas que asistían a nuestro Partido para exigir un rápido viraje en toda la actividad del Gobierno, sustituyendo en sus cargos a algunos de los miembros que habían demostrado incapacidad o lenidad en el desempeño de sus funciones.

Se constituyó el nuevo Gobierno, éste aceptó los puntos fundamentales presentados por nuestro Partido al producirse la crisis y nuestro Partido colaboró en él. Nuestro Partido dijo desde el primer momento que sus deseos eran que en este Gobierno participaran, además de los partidos políticos, de los partidos Socialista, Comunista y republicanos, representantes de la U. G. T. y de la C. N. T. El camarada Negrín, de acuerdo con estos puntos de vista, entrevistóse con los Comités de la U. G. T. y la C. N. T., pero obtuvo de éstos contestaciones negativas e irreductibles: un Gobierno presidido por Largo Caballero, como persona indiscutible, y hegemonía de la U. G. T. y de la C. N. T. dentro de él. Esta imposición de tipo dictatorial era absolutamente inadmisibles, sobre todo para nosotros, los comunistas, que hacemos siempre política de principios y no nos dejamos imponer jamás por las personas.

Cuando vieron que se iba a formar Gobierno sin Caballero y sin representación de la U. G. T. ni de la C. N. T., si éstas no querían participar en él, algunos dirigentes de estas organizaciones nos amenazaron con toda suerte de fieros males y llegaron hasta a declarar que sin ellas no podía constituirse ni se constituiría ningún Gobierno de España.

Nuestro Partido es un Partido consecuentemente revolucionario, que no se deja amedrentar por las amenazas. Y como, afortunadamente, el Partido Socialista y los Partidos republicanos que forman el Frente Popular comparten nuestra posición política, por creerla justa, y estuvieron de acuerdo en formar Gobierno con o sin esas participaciones, el Gobierno fué formado.

Se formó el Gobierno Negrín y no pasó nada, porque no podía pasar nada. Y que no pase nada porque —lo decimos con toda conciencia de nuestra responsabilidad— sería la última vez que se produjesen esos hechos. (¡Muy bien! Grandes aplausos.)

¿Es que a los diez meses de guerra, cuando el pueblo ha sabido luchar con valentía y heroísmo contra los reaccionarios nacionales y contra la invasión extranjera, un pueblo que ha sabido conquistar mejoras profundas en el orden econó-

mico, político y social, aniquilando la base material de la contrarrevolución, iba a dejarse amedrentar por amenazas lanzadas por dirigentes de un sector más o menos importante de la población? ¡De ningún modo! Sobre todo, porque la actitud de los dirigentes de la U. G. T. había de ser desmentida veinticuatro horas después por la inmensa mayoría de las organizaciones sindicales pertenecientes a ella. Y otro tanto hubiera sucedido con la C. N. T., si ésta tuviese la costumbre de hacer consultas de tipo democrático. (¡Muy bien!)

¿Es que esos dirigentes no han comprendido todavía que los diez meses de guerra contra el fascismo han servido para desarrollar y elevar extraordinariamente el nivel político de las masas trabajadoras, que éstas saben hoy distinguir muy bien entre el contenido revolucionario de una política y las frases y chillidos demagógicos, y que la masa del pueblo está cansada de verborrea revolucionaria y quiere una política revolucionaria como la que propugna nuestro Partido? (Aplausos.)

LOS PARTIDOS POLITICOS Y LOS SINDICATOS

Quiero detenerme en esto, para esclarecer algo que ya es familiar a vosotros, pero acerca de lo cual no está de más pronunciar algunas palabras: la función de los Sindicatos y de los Partidos. Me refiero especialmente a la U. G. T., que a través de su Ejecutiva ha motivado una situación tal que ha permitido un resultado como el que acabamos de conocer. ¿En nombre de qué y a título de qué los hombres que dirigen la organización sindical se arrojan unas funciones y un derecho que nadie les ha concedido? Porque yo me imagino que Pascual Tomás, pongo por ejemplo, y quien como él piensa—que no son todos—, dentro de la Comisión Ejecutiva tiene una misión clara y bien definida: defender los intereses sindicales. Y de si han cumplido bien o mal deben dar cuenta a su organización. Pero, para lo que nadie ha facultado a Pascual Tomás, o a quien sea, es para declarar que una organización, que está integrada en su inmensa mayoría por socialistas y comunistas, no presta adhesión o apoyo y se declara incompatible con cualquier Gobierno que no estuviese presidido por su secretario. La prueba de que estaban equivocados y de que teníamos razón los comunistas, cuando declarábamos que no representan la verdadera corriente de opinión de la U. G. T., es el resultado de la votación que acabáis de conocer. (Aplausos).

Y estos hombres trataban de hacer un chantaje para asustar un poco a la gente, amenazando con qué sé yo qué fieros males que iban a llover sobre España si gobernaba un Go-

bierno donde no estuvieran la U. G. T. y la C. N. T. Abiertos tenemos los brazos hacia ellos, y la opinión que nuestro Partido dió al camarada Negrín, cuando vino a consultarnos, fué muy clara: con la representación del Gobierno anterior, pero si ello no es posible, con quien esté dispuesto a continuar la lucha sin ninguna clase de componendas ni pasteleos. (Aplausos.)

Negrín fué y consultó con la U. G. T. y la C. N. T., y le dijeron que no. Nosotros declaramos que eso no correspondía al pensamiento de la U. G. T., aparte de lo que tenía de abusivo. Los Sindicatos tienen su función bien específica hoy. Y los Partidos políticos tienen también la suya. Se publicó una nota en la que dijeron que los comunistas nos rectificábamos hoy de lo que habíamos dicho ayer y que éramos inconsecuentes; pero la verdad es que cada vez que el Partido Comunista abre la boca para decir una palabra, tardaremos ocho días u ocho meses, pero al final todo el mundo tiene que recurrir a esta orientación del Partido Comunista. ¿Por qué no recurrir entonces a su debido tiempo? (Ovación.)

La U. G. T. no ha hecho más que reflejar con su votación que los comunistas teníamos razón cuando decíamos que Pascual Tomás y la mayoría de la Ejecutiva no representaban el verdadero sentir de la organización. Pero, independientemente de esto, había una cosa general. Y es que España quería vivir fuera de esa terrible pesadilla que constituye toda esa serie de ensayos absurdos, esa falta de respeto a las personas y a las clases modestas. Quería esa política que os he venido describiendo al hacer la crítica del Gobierno anterior, es decir, una política de guerra, una política de gobernación y una política de economía. Y esto representa el Gobierno que se acaba de constituir.

¿EL GOBIERNO ACTUAL ES "MENOS" REVOLUCIONARIO QUE EL ANTERIOR?

Como los representantes de la U. G. T. y de la C. N. T. no participan en el Gobierno, han lanzado la especie de que, al no participar ellos en él, este Gobierno no es tan revolucionario como el anterior, y se nos ha colgado el sambenito de que somos el Gobierno de no sé qué "abrazo de Vergara". Estamos, una vez más, ante el imperio de las frases.

¿Qué es lo revolucionario, en la situación concreta de España? Revolucionarios son, en la España de hoy, aquel Partido o aquellos hombres que se esfuerzan por crear rápidamente un Ejército potente, popular, dotado de los medios más modernos de la técnica militar, que se preocupan de crear una gran industria de guerra, de crear un Estado Ma-

yor y un mando único eficientes que crea las condiciones para ganar rápidamente la guerra. Y eso es, justamente, lo que hará, lo que ha empezado a hacer ya el actual. (¡Muy bien! Aplausos.)

Revolucionarios son aquel Partido o aquellos hombres que se preocupan de desarrollar y aumentar la producción, tanto agrícola como Industrial. Por eso nuestro Partido ha lanzado la consigna de acabar con el caos económico y empezar a planificar, a dirigir y coordinar la producción. Nuestro Partido pide que se acabe de una vez, y definitivamente, con las incautaciones y los pretendidos ensayos de "socialización" a cargo de un Sindicato, un Comité o un grupo cualquiera de hombres. Si en un primer momento fué explicable que las industrias abandonadas fueran ocupadas por los obreros, para hacerlas producir, fuese como fuese, hoy ya no es posible continuar como antes, si se quiere producir lo necesario para el frente y para la retaguardia, si se quiere asegurar trabajo, salario y condiciones de vida pasables a los obreros. (¡Muy bien! Aplausos.)

PEDIMOS LA NACIONALIZACIÓN DE LAS INDUSTRIAS BÁSICAS Y EL FOMENTO Y DESARROLLO DE LA INDUSTRIA DE GUERRA

Por eso, ante los que quieren "socializar" una fábrica o un lugar determinado de producción, pero que después de haber agotado las materias primas o el dinero de reserva heredado de la empresa, dejan a los obreros sin trabajo, nuestro Partido plantea el problema de la nacionalización de todas las industrias básicas y, especialmente, de las industrias y empresas pertenecientes a los facciosos o que hayan sido abandonadas por sus dueños, y que estas industrias nacionalizadas produzcan sobre la base de un plan que prevea el abastecimiento de materias primas, la calidad de la producción y el mercado de la misma bajo la dirección inmediata del Ministerio correspondiente.

En primer lugar, pedimos la nacionalización de todas las industrias de guerra, para hacerlas funcionar a pleno rendimiento. Porque hay que decir la verdad, camaradas, y es que, teniendo en España las fábricas, las maquinarias, las materias primas y los técnicos necesarios para producir aviones, carros blindados, tanques, ametralladoras, fusiles, municiones, en fin, todos los pertrechos de guerra más modernos, como gran parte de esas fábricas o materias primas están situadas en una parte del territorio donde rige cierto particularismo sin-

dical, no se produce ni se deja producir, y esto, en las condiciones actuales es, sencillamente, criminal. Por esto pedimos la nacionalización de las Industrias de guerra, la militarización de los obreros y que se produzca todo lo necesario para nuestro Ejército, eliminando todo lo que estorba, porque queremos ganar la guerra, y pronto, ya que con ello ganaremos la revolución. (Aplausos.)

Queremos que todas las industrias, y no solamente las de guerra, estén o no nacionalizadas, trabajen sobre la base de un plan. Que no suceda como ahora, que en muchas partes no se produce según las necesidades del país, sino atendiendo al capricho o las conveniencias de los que las regatean, dándose el caso bochornoso de fábricas que pueden producir municiones u otros pertrechos de guerra y que está fabricando camas, bañeras o cacharros de cocina, porque dejan una ganancia superior. (¡Muy bien!)

Queremos orden, disciplina, estímulo para el trabajo: somos partidarios del stajanovismo, del perfeccionamiento y del aumento continuo en la producción, porque somos partidarios del aumento progresivo de los salarios, del nivel de vida, del bienestar de las masas trabajadoras. No queremos, como ciertos revolucionarios de pacotilla, el igualitarismo pequeño-burgués; no queremos que se establezcan las diez pesetas para todo el mundo, tanto para el aprendiz como para el obrero calificado, ni queremos que siga ese abuso que en muchos sitios se comete hoy de pagar a las mujeres salarios inferiores por un trabajo igual que el del hombre. Queremos que se trabaje todo el tiempo que sea necesario, que si es preciso trabajar dieciséis horas en vez de ocho, se haga (ovación), pero percibiendo, a mayor trabajo, un salario mayor. Con el régimen igualitario que propugnan algunos no se estimula el perfeccionamiento de la mano de obra ni se aumenta la producción, y en vez de ir elevando constantemente el bienestar de las masas, se nivela todo el mundo sobre el nivel de la miseria. (Grandes aplausos.)

Pero, para poder hacer esto, es preciso coordinar la producción industrial, y eso sólo puede hacerse bajo la dirección del Gobierno, mediante el Comité de Coordinación, ya creado por éste, y estableciendo el control obrero. No hay que olvidar que, para poder hacer trabajar a nuestras fábricas, necesitamos muchas materias primas que hay que comprar al extranjero, y para esto se necesitan las divisas, que sólo puede proporcionar el Estado. Los Sindicatos obreros, los obreros de las fábricas deben ejercer el control sobre la producción, para eso deben reunirse los obreros de cada fábrica y elegir entre los mejores a los miembros que han de formar el Comité de control, y ser éste el que se ocupe de controlar cómo se realiza la producción, la entrada y salida de los obreros, es-

tablecer los contratos de trabajo, vigilar las condiciones de higiene de las fábricas, en fin, de todos los problemas que interesen a la clase trabajadora. (¡Muy bien!)

DEFENDER LOS INTERESES DE LOS CAMPELINOS

Son revolucionarios el Partido y los hombres que se ocupan de aumentar la producción agrícola, de estimular a las masas de obreros agrícolas y campesinos para que produzcan más y mejor. Pero, para eso es preciso asegurar en primer lugar la tranquilidad en el campo, hacer que el producto del trabajo del campesino, sea de las colectividades o de los individuos aislados, sea sagrado. Y quien quiera incautarse de él de mala manera, quien perturbe la paz y el trabajo en el campo, se encontrará con la mano de Gobernación, que en este caso es la de la revolución. (Grandes aplausos.) Que nadie pueda incautarse de estos productos bajo pretexto de socialización, o lo que sea; que el Gobierno fije un precio remunerador para los productos de la agricultura y asegure mercado para los mismos. Que quien quiera abastecerse de productos agrícolas esté obligado a pagar el valor de los mismos con moneda legal y no con vales de Comités, Sindicatos o Municipios. Esto es lo que nosotros queremos para el campo. Por haber defendido esto, por haber declarado que se debe respetar la pequeña propiedad y los bienes de los campesinos, se nos dijo que queremos resucitar la burguesía agraria.

Nosotros, los comunistas, somos más partidarios que nadie de la colectivización. Está demostrado que la producción agrícola en gran escala, los grandes cultivos, rinden mucho más que la producción individual, pero este proceso de colectivización no se puede realizar por obra de encantamiento, y menos aún se puede ni se debe obligar a los campesinos a que lo realicen a la fuerza. Somos partidarios, y así lo sostendremos en el Gobierno, de que se preste toda suerte de ayuda a las colectividades agrícolas creadas o que quieran constituirse. Pero, repetimos, siempre que se constituyan voluntariamente. Nadie tiene derecho a violentar la voluntad de los trabajadores del campo. (Muy bien.) Lo que debe hacerse es propagar entre los trabajadores del campo la necesidad de crear las Cooperativas, es estimular y ayudar a esas Cooperativas por parte del Gobierno con simientes, útiles de labranza, créditos, etc. La socialización en el campo presupone un nivel industrial muy elevado.

¿Es que en España tenemos ya este nivel? Es evidente que no. Tal vez puedan fantasear sobre estos problemas los que

se proponen hacer la revolución en un pueblo o en una comarca, pero los que tenemos un concepto real de la situación en que nos encontramos, les decimos que lo fundamental, lo esencial, hoy, es producir y producir cada día más y mejor.

Para ganar la guerra, las fábricas deben producir en primer lugar para la guerra, y el campo debe producir totalmente para el frente y para la retaguardia. (Grandes aplausos.)

Queremos también que se acabe con las incautaciones por Sindicatos y Comités de los servicios públicos, incautaciones que en muchos casos, mal administradas, sólo sirven para aumentar el precio del alquiler, de la luz, de los transportes y de los servicios públicos en general. Por eso pedimos la nacionalización de la industria eléctrica, la municipalización de los transportes urbanos, la municipalización de las viviendas de los facciosos o abandonadas, y que se establezcan alquileres que estén en relación con los salarios de los obreros y de la masa popular. Queremos que termine esa especulación infame que existe sobre los artículos de primera necesidad, por no existir un control municipal sobre los precios y una política de represión contra los especuladores. Si hasta ahora no se hacía más que dictar bandos fijando el precio de tasa de la docena de huevos, para que después el tendero se riese, ha llegado el momento de que sepamos no sólo el precio de los huevos, sino también su calidad. (Risas y aplausos.)

QUEREMOS UN ORDEN REVOLUCIONARIO EN LA RETAGUARDIA

Y, para realizar todo esto, queremos que haya un orden revolucionario en la retaguardia. Queremos que todas las armas estén en manos del Gobierno, y que con esas armas se pertreche a la gente que vaya a luchar al frente. Es preciso terminar con los hechos criminales que se han dado últimamente, de que grupos armados hasta los dientes con armas que pertenecen al Gobierno, y, por consiguiente, al pueblo, en vez de ser utilizadas contra nuestros enemigos, contra los fascistas, se vuelvan contra la autoridad legítima de la República, contra los hombres y las organizaciones que luchan para ganar la guerra y consolidar las conquistas revolucionarias. (Grandes aplausos.)

Queremos acabar con el hecho bochornoso de que grupos armados bajen a los pueblos, como ha pasado en Aragón, hagan el simulacro de conquistar nuestros pueblos leales, despojen de sus bienes a los campesinos y sometan por la violencia a quienes se resisten a ese despojo. Esto no puede continuar, si queremos ganar la guerra,

O el Gobierno termina rápidamente con los fascistas de la quinta columna, con los incontrolados, con los trotskistas, con los emboscados de toda laya, y los desarma y reduce a la impotencia, o éstos terminan con la República y con la revolución, porque nos harían perder la guerra.

Quien después que se le han abierto las puertas para colaborar y, teniendo el camino expedito no tiene su representación en el Gobierno, trate de crear situaciones difíciles en el frente o en la retaguardia, ese, sea quien sea y llámase como se llame, no sólo está en posición tan resbaladiza que se desliza hacia el campo faccioso, sino que el Gobierno lo va a meter en cintura, por muy alto que esté y por muy grande y muy fuerte que sea.

CÓMO GANAREMOS LA GUERRA

Contamos hoy con un Ejército poderoso y se dan todas las condiciones para ganar rápidamente la guerra; pero a condición de que los combatientes del frente sientan guardada la espalda por la retaguardia, a condición de que exista una retaguardia sana y combativa y de que se barra de ella a todos los parásitos y vividores, a todos los taimados miserables que están siempre en acecho para provocar conflictos y luchas fratricidas en la retaguardia.

Este Gobierno, y con él nuestro Partido, quiere ganar la guerra y la ganará; la ganaremos, teniendo como tenemos un Ejército fuerte y aguerrido; la ganaremos, desarrollando y consolidando nuestra industria; la ganaremos, aumentando la producción en el campo, llevando a él la tranquilidad; la ganaremos, imponiendo el orden y la disciplina revolucionarios en la retaguardia, haciendo que todo el pueblo español, y en primera línea el proletariado, vibre al unísono en el frente y en la retaguardia, dominado por una sola voluntad: ganar la guerra y con ella la revolución.

Esto es lo que se propone realizar el Gobierno actual; por eso es por lo que lucha y luchará nuestro Partido, el Partido Comunista, vanguardia revolucionaria del pueblo trabajador. (Aplausos.)

Este Gobierno del Frente Popular, tiene el propósito decidido de realizar una política revolucionaria, y nada más revolucionario, hoy, que ganar la guerra. En el nuevo Gobierno hay cinco ministros, tres socialistas y dos comunistas, que aseguran la consecuencia revolucionaria de su política. Están en el Gobierno los republicanos, representantes de la pequeña burguesía revolucionaria, que luchan con nosotros por una nueva España de paz y de trabajo, y están los representantes de Cataluña y de Euzkadi, pueblos hermanos que quie-

ren libertarse, unidos al pueblo español, de la opresión imperialista y fascista. Nos une a todos un programa común de lucha, pero nosotros, comunistas y socialistas, sabemos que representamos a la inmensa mayoría de las fuerzas que combaten en los frentes, de las fuerzas de mar, aire y tierra; representamos, además, a la inmensa mayoría de los obreros, porque nuestros Partidos se nutren de la savia del movimiento sindical. Son el nervio del movimiento obrero del país. Junto a los republicanos, representamos todo lo que hay de noble, de combativo y honrado en el pueblo español. (Aplausos.)

QUEREMOS QUE SE FORME EL GRAN PARTIDO ÚNICO DEL PROLETARIADO

En España, hay dos grandes Partidos que tradicionalmente vienen representando el movimiento obrero: el Partido Socialista, que afortunadamente va eliminando sus viejas concepciones y se va situando en un terreno que él identifica cada día más con un Partido marxista, y el Partido Comunista, genuino representante de la teoría y de la práctica marxista-leninista y hoy también stalinista. (Grandes aplausos y vivas a Stalin.) Estas dos grandes organizaciones del proletariado van fundiendo cada vez más sus anhelos y sus objetivos, hasta el punto de que hoy, tanto en lo que se refiere al Partido Socialista, a su dirección y a la voluntad de sus masas, como en lo que atañe a los comunistas, hay el deseo de terminar de hablar de unidad, de fusión, para hacerla, para pasar a realidades concretas, que plasmen el Partido único del Proletariado de España. (Gran ovación.) Y al hablar del Partido Socialista, quiero rendir un homenaje a dos dirigentes de esta Organización hermana, a los camaradas Lamonedá y Cordero, que nos honran aquí con su presencia. (El público dedica a Cordero y Lamonedá, que ocupan un palco, una gran ovación.) Es preciso ir a la fusión de estos dos grandes Partidos con paso acelerado, y es indudable que esta fusión tiene que constituir para todos el estímulo para que nadie, que por cualquier impulso momentáneo de pasión u obcecación se pueda sentir separado de nosotros, se quede al margen de esa fusión. No queremos dejar a nadie al margen. Con los brazos abiertos vamos recogiendo todos los que quieren marchar hacia adelante. Si alguien quiere quedar atrás, peor para él. Pero, con sentimiento y con el corazón desgarrado, como si se tratase de nosotros mismos; que hombres que tienen un pasado acrisolado a través del movimiento del pueblo español, no se pueden sentir fuera de ese Partido que vamos a formar. Queremos marchar con ellos. Pero es necesario que ellos también quieran marchar con nosotros. (Muy bien.)

Igual sucede con las organizaciones sindicales. El mismo resultado de la votación en el seno del Comité Ejecutivo Nacional de la U. G. T., a que he aludido varias veces, evidencia que dentro de esta organización sindical existe una corriente generosa y comprensiva que quiere impulsarla hacia el acercamiento con los hermanos de la C. N. T. Se habla mucho de que se quiere la unidad, de que las dos organizaciones sindicales son el pivote sobre el cual se sostiene la unidad, de que sobre la base de las dos, nuestro pueblo ganará la guerra. ¿Pero en qué estado se halla y con qué posibilidades cuenta la fusión? ¿Sobre qué programa, qué principios, qué elementos de acuerdo concreto? ¿Qué clave se dió el pueblo para la unión de la U. G. T. y de la C. N. T.? ¿Es que hay un programa? Porque pedimos esto se dice que entorpecemos la unidad. Si hubiera un programa, se podría decir que no lo habíamos aceptado; pero si no lo hay, no se puede hablar así.

La unidad, hoy, tanto dentro de los Partidos políticos como dentro de las Organizaciones sindicales, tiene que hacerse sobre una base concreta y terminante: ganar la guerra, acabar con esas bandadas de incautaciones que hoy no hay motivo para que continúen con este régimen, aunque fueran disculpables en los primeros momentos de la revolución; que se cree una potente industria de guerra, que se formen las reservas que necesita el Ejército. Y, al mismo tiempo que se forja la unidad entre los proletarios, marchando hacia el gran Partido Único del Proletariado y hacia la unidad sindical, mantener y robustecer el Frente Popular, la unidad de todo el pueblo español sobre la base del anhelo de ganar pronto la guerra y de realizar las condiciones necesarias para lograrlo.

EL GOBIERNO ACTUAL ES EL DE TODO EL PUEBLO

Y que nadie piense que porque en este Gobierno, resuelto a conducir al pueblo a la victoria, no estén específicamente representadas algunas organizaciones, éstos no tienen defensa alguna en él.

Nuestro Gobierno es el Gobierno de todos los antifascistas, de todo el pueblo español. Este Gobierno es, además, el Gobierno que corresponde a la etapa actual del desarrollo de nuestra revolución, en estrecha relación con el problema fundamental de la guerra.

Los Gobiernos, lo mismo que los Partidos y los hombres, no se deben juzgar por lo que dicen, sino por lo que hacen, y los primeros pasos de la actuación del nuevo Gobierno hacen honor a su programa.

Los Sindicatos pueden y deben colaborar con el Gobierno, con representación directa en él o indirectamente a través de los diversos órganos de la dirección económica del país. Con lo que hay que acabar es con esas bravatas y elucubraciones de revolucionarismo fraseológico para desarrollar una política revolucionaria real.

Desde esta tribuna, plenamente convencido de que tenemos un Gobierno que es el que responde y corresponde a la situación de nuestro país, nuestro Partido, Partido proletario, Partido consecuentemente revolucionario, dice a las masas trabajadoras que la política que se está realizando hoy es la única política justa; por eso la apoyamos con toda nuestra fuerza. Y para estar seguros de que en ello interpretamos fielmente el sentir de las masas, venimos ante vosotros y ante el pueblo todo a daros cuenta de nuestra conducta, y os preguntamos, como hace días os preguntaba nuestro Secretario general: ¿Estáis conformes con la política que realiza nuestro Partido? (El público contesta con un sí clamoroso, seguido de una gran ovación.)

Pues levantemos en alto la bandera de nuestro Partido, que es la bandera de la unidad que otros arrían. Y, junto con vosotros, con todo nuestro pueblo, vamos a ganar la guerra y con ella la revolución. (Una gran ovación, que dura largo rato, acoge las últimas palabras del camarada Hernández.)

PALABRAS FINALES DE "PASIONARIA"

Una vez terminado su discurso el camarada Hernández, la camarada "Pasionaria" acogida con una salva de aplausos, se dispone ocupar la tribuna para clausurar el acto.

"Para clausurar este acto magnífico —dice la camarada "Pasionaria"— os pido que contestéis a estas tres preguntas: ¿Aprobadis la política del Partido Comunista para ganar la guerra? ¿Estáis dispuestos a laborar por la fusión de los Partidos Socialista y Comunista? ¿Prometéis apoyar a este Gobierno, ahora más que nunca, del Frente Popular?"

Las tres preguntas son contestadas entusiastamente en forma afirmativa por todo el público, puesto en pie, y entonces la camarada "Pasionaria" exclamó:

"Pues ¡adelante, hacia la victoria!"

APÉNDICE

DOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS

I

LA NOTA ENTREGADA POR EL P. C. AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PARA LA SOLUCIÓN DE LA CRISIS

"Requerido el Partido Comunista para emitir su opinión sobre los problemas que plantea la situación política actual de nuestro país y forma de resolverla, somete a la consideración de S. E. las siguientes cuestiones:

Consideramos indispensable la formación de un Gobierno de Frente Popular donde estén representados todos los Partidos políticos y Organizaciones sindicales; un Gobierno que dirija la guerra con firmeza y energía y que movilice a todo el pueblo español en la defensa de la Patria y de la República, sin componendas ni compromisos de ninguna clase con los enemigos del pueblo.

Este Gobierno debería adoptar como indispensables tres cuestiones, como base de su programa:

Primera: Hacer una política consecuente de guerra, o sea: Reorganizar todos los frentes y encuadrar todas las fuerzas armadas en el Ejército Popular. Organización efectiva del Estado Mayor y del Mando único. Realización de una política metódica en la formación de las reservas. Depuración de los mandos no fieles a la República y ascenso y premio a todos aquellos que hayan demostrado su abnegación y heroísmo a través de la lucha. Transformación rápida de la industria civil en industria de guerra y creación de nuevas industrias bajo una dirección única.

Segunda: Realizar una política económica que ponga en manos del Estado y del Gobierno todos los recursos económicos del país y asegure la producción necesaria para los

frentes y la retaguardia. Planificación y coordinación de la producción mediante la creación de un Consejo Director de la misma. Nacionalización de las industrias fundamentales, y particularmente de aquellas cuyos propietarios hayan participado directa o indirectamente en la sublevación fascista. Protección de la pequeña industria y de los modestos comerciantes. Control obrero en la producción para defender los intereses de los trabajadores y asegurar la disciplina en el trabajo. Protección de los intereses de las masas campesinas, tanto de los pequeños propietarios como de las colectividades. Creación de Cooperativas agrarias. Asegurar mercado y precios mínimos de venta a todos los productos agrícolas. Contra toda clase de incautación de bienes que no sea hecha directamente por el Gobierno y contra los enemigos del pueblo. Política financiera de exportación e importación que asegure las divisas exclusivamente en manos del ministerio de Hacienda.

Tercera: Establecimiento en todo el territorio leal del orden republicano, en cuyo mantenimiento el Gobierno deberá mostrarse inflexible contra toda clase de perturbadores. No más autoridades en fronteras, puertos, carreteras y ciudades que aquellas que correspondan directamente a la autoridad legal.

Sobre la base de estos tres problemas fundamentales para asegurar la acción victoriosa de nuestras armas en los frentes y la producción y disciplina precisa en la retaguardia, el Partido Comunista declara estar dispuesto a participar y colaborar en cualquier Gobierno del Frente Popular que desarrolle esa política."

Southern

Receipt

JN

8395

.06

447

1934

II

LA NOTA ENTREGADA POR EL P. C. AL PRESIDENTE DIMISIONARIO, LARGO CABALLERO

En la entrevista con el Jefe del Gobierno, los representantes del Partido Comunista hicieron entrega de una nota con los puntos a cuya aceptación condicionan su colaboración en el Gobierno, y que son las siguientes:

1.° Dirección democrática de toda la vida política, económica y militar del país, mediante discusión y resolución colectiva de todos los problemas por el Consejo de ministros.

2.° Funcionamiento normal del Consejo Superior de Guerra, el cual se ocupará, conjuntamente con el ministro de la Guerra, de todos los problemas de este Departamento: estado de las tropas, nombramiento de altos cargos militares, armamento del Ejército, marcha general de las operaciones y medidas encaminadas a asegurar su éxito, etc., etc.

3.° Reorganización inmediata del Estado Mayor y nombramiento de un Jefe de Estado Mayor, responsable ante el ministro de la Guerra y el Consejo de Guerra, pero con plena autoridad para dirigir y planear todas las operaciones que hayan de realizarse en el país.

4.° Reorganización del Comisariado de Guerra y creación de una dirección colectiva, compuesta por representantes de todas las organizaciones que forman el Gobierno. Este Comisariado será responsable ante el ministro de la Guerra y el Consejo de Guerra, pero gozará de autonomía en todo lo relacionado con el nombramiento y dirección política de los Comisarios.

5.° El Presidente del Consejo se ocupará exclusivamente de los asuntos de la Presidencia. La cartera de Guerra será desempeñada por un ministro de este Departamento.

6.° Eliminación de Galarza del nuevo Gabinete, por su incapacidad notoria y su lenidad en los problemas de orden público.

7.° Tanto el ministro de la Guerra como el de la Gobernación, deberán ser personas que gocen de la adhesión de todos los partidos y organizaciones que entren a formar parte del Gobierno; por tanto, sus nombres habrán de ser conocidos antes de proceder a su nombramiento definitivo.

8.° Estructuración de un programa de Gobierno que deberá hacerse público el mismo día que se constituya el nuevo Gabinete."

Pedro Checa

UN GRAN PARTIDO, UNA GRAN ORGANIZACIÓN

Precio: 30 céntos.

Manuel Delicado

COMO SE LUCHÓ EN SEVILLA

Precio: 20 céntos.

Francisco F. Montiel

POR QUE HE INGRESADO EN EL PARTIDO COMUNISTA

Precio: 20 céntos.

Jesús Hernández

A LOS INTELLECTUALES DE ESPAÑA

Precio: 25 céntos.

Jesús Larrañaga

¡POR LA LIBERTAD DE EUZKADI DENTRO DE LAS LIBERTADES DE ESPAÑA!

Precio: 20 céntos.

Santiago Alvarez

EL PUEBLO DE GALICIA CONTRA EL FASCISMO

Precio: 20 céntos.

Julio Mateu

LA OBRA DE LA FEDERACIÓN CAMPESINA

Precio: 25 céntos.

LO QUE EL PARTIDO COMUNISTA CONSIDERA INDISPENSABLE HACER PARA GANAR LA GUERRA

Precio: 30 céntos.

Los librereros, paqueteros, corresponsales, las organizaciones políticas y sindicales, etc., deben solicitar sus pedidos con el correspondiente descuento a

DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES

CALLE DE LA PAZ, 42

VALENCIA,

2781
J O S E D I A Z

**(SECRETARIO GENERAL
DEL PARTIDO COMUNISTA)**

POR LA UNIDAD, HACIA LA VICTORIA

Texto íntegro del magnífico informe pronunciado en el pleno del C. C. del Partido Comunista, en el que se trataron ampliamente todos los problemas de la guerra y la revolución.

70 páginas 60 céntimos

PEDIDOS:

DISTRIBUIDORA DE PUBLICACIONES

P A Z , 4 2 V A L E N C I A